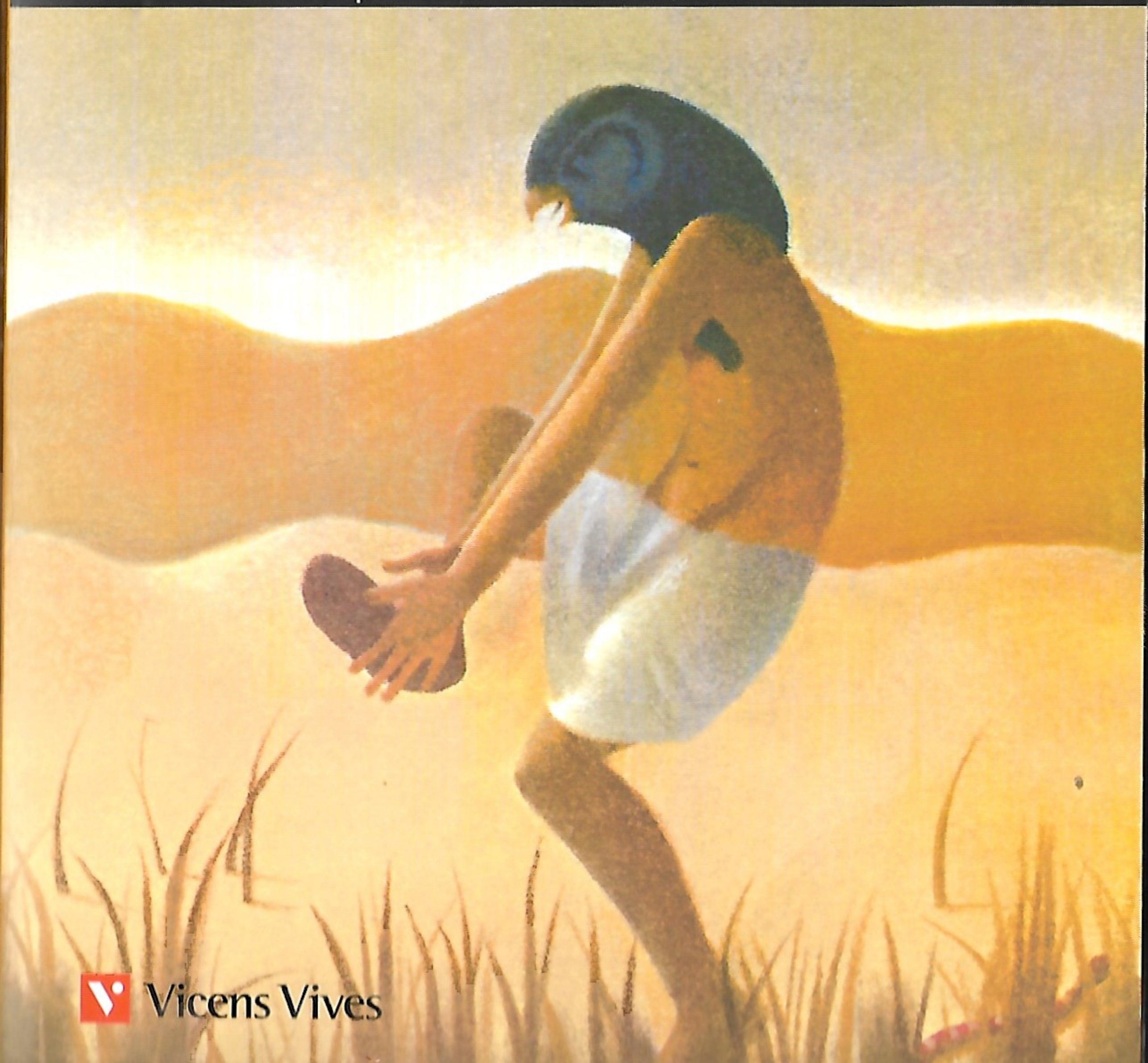


# Mitos y leyendas del Antiguo Egipto

Robert Swindells

CUCAÑA

Ilustraciones de Stephen Lambert



# Índice



## Mitos y leyendas del Antiguo Egipto

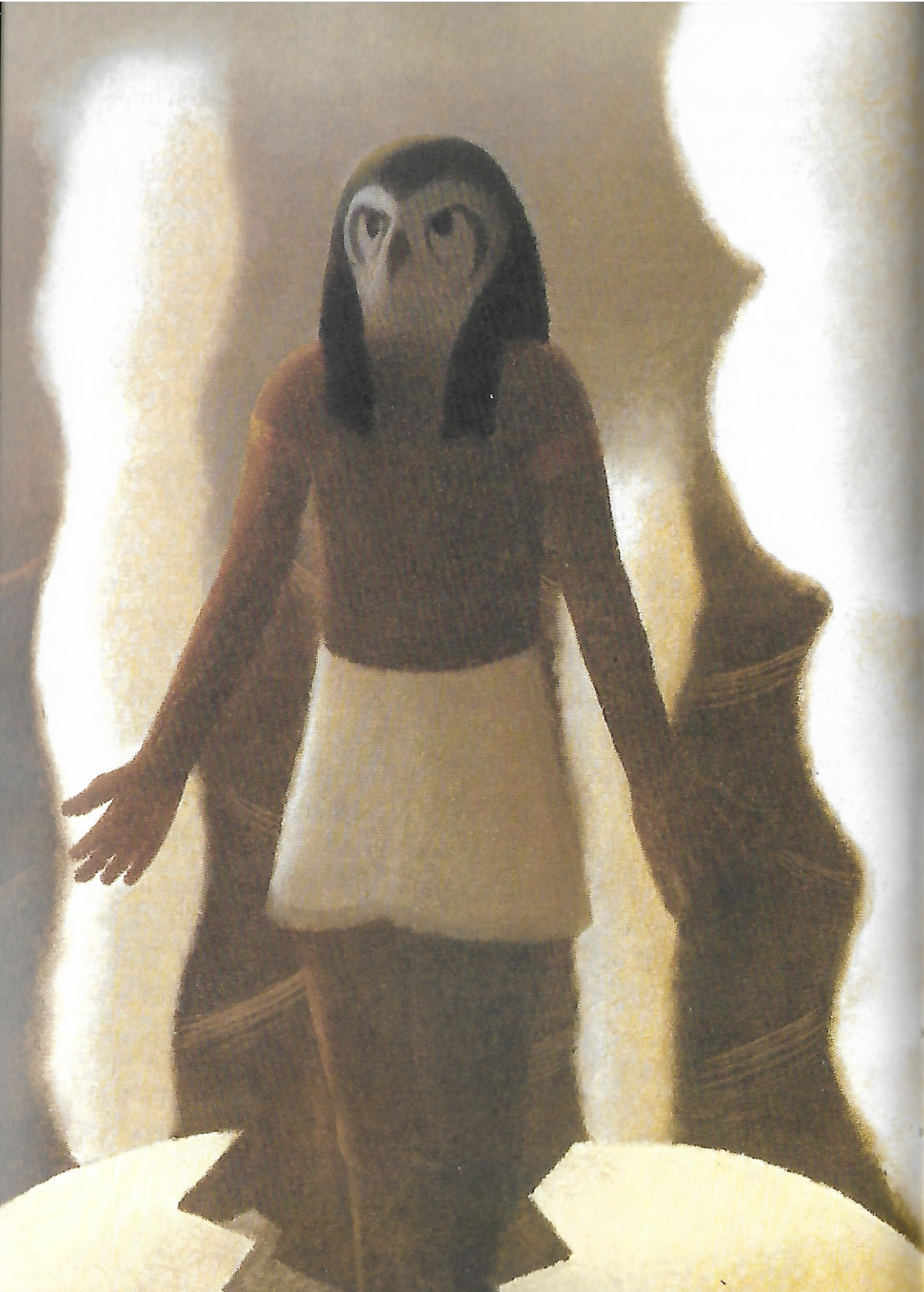
Prólogo	7
El comienzo de todo	11
Hijos rebeldes	13
Un lago de sangre	18
Los dones de los dioses	22
El cofre de la muerte	25
El nombre secreto	31
La columna fenicia	39
El regreso de Osiris	46
La serpiente de Set	52
El ojo mágico	57





La venganza de Horus	62
La gran sequía	71
El rey que lo tenía todo	74
El libro mágico	79
Los dos hermanos	84
El viaje definitivo	96
<i>Las divinidades de estos relatos</i>	102
<b>Actividades</b>	105
<b>Marco histórico y cultural</b>	115





## El comienzo de todo

Hubo un tiempo, hace miles y miles de años, en que no existían la Tierra ni el Cielo. El mundo carecía de árboles y montañas, de animales y personas, pues todo estaba ocupado por una masa de bullentes aguas negras que no tenía principio ni fin, y que se hallaba bajo el dominio de un espíritu. Un buen día, aquel espíritu decidió darse un nombre a sí mismo:

—Jepri —dijo, con una resonante voz de trueno.

Y, justo en aquel instante, se convirtió en un dios extraordinariamente poderoso. La palabra «Jepri» significa ‘Aquel que se convierte en luz y vida de todas las cosas’, y eso es lo que Jepri se dispuso a hacer: convertirse en un dios creador. Primero dio forma a un gran huevo resplandeciente que se sacudía y temblaba sobre la superficie del mar. Del huevo salió Ra, un dios solar que tiene cabeza de halcón y que es más poderoso aún que el propio Jepri.

Nada más nacer, Ra ordenó al Cielo y a la Tierra que salieran de las aguas.

—Tú te llamarás Geb —le dijo a la Tierra—. Y tú te llamarás Nut —le dijo al Cielo.

Para separarlos, Ra creó a Shu, el Aire, y a continuación dio vida a Tefnut, la Humedad. Luego, la diosa Nut plantó sus pies en el este y las manos en el oeste, y formó así, con su gigantesco cuerpo, un arco sobre la Tierra. Su cuerpo, arqueado y boca abajo, se cubrió de un sinfín de gemas brillantes: las estrellas.

Todas las mañanas, Ra montaba en su barca para surcar el Cielo. Desde allí arriba, miraba la Tierra con su ojo, al que llamamos «sol». El ojo de Ra, fuente de toda luz, era tan grande y brillante que veía cuanto pasaba en la Tierra, y el dios se sentía muy orgulloso de él.

Un día, al regresar de su larga travesía por el Cielo, Ra se llevó una desagradable sorpresa. ¡Su padre Jepri tenía otro ojo! Brillaba mucho menos que el sol, pero, aun así, Ra se puso hecho una furia.

—¡Con mi ojo es suficiente para ver la Tierra! —le gritó Ra a su padre—. No necesitamos ningún otro ojo.

Jepri se indignó.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono? —dijo—. Eres demasiado orgulloso, así que, para que aprendas a ser más humilde, desde hoy mismo este otro ojo alumbrará el Cielo por la noche.

A aquel sol nocturno, al que nosotros llamamos «luna», Jepri le dio el nombre de Thot y le asignó el título de «Medidor del tiempo», pues la luna iba a servir para calcular la duración de los meses. Pero Jepri no se conformó con crear un segundo ojo celeste: engendró además seis nuevos dioses, cada uno destinado a una misión concreta, y también y a los hombres y a las mujeres, a los que puso en la Tierra para que lo adorasen. Hizo que crecieran todo tipo de árboles y plantas, creó a los animales que caminan por la tierra y a las aves que surcan los cielos, a los reptiles que se arrastran por el desierto y a los peces que habitan en las aguas, y, cuando acabó de hacer todo eso, se sintió tan agotado que se retiró a descansar a los Campos de la Paz, que se encuentran más allá del Cielo.

Y así fue como, según los egipcios, comenzó todo.

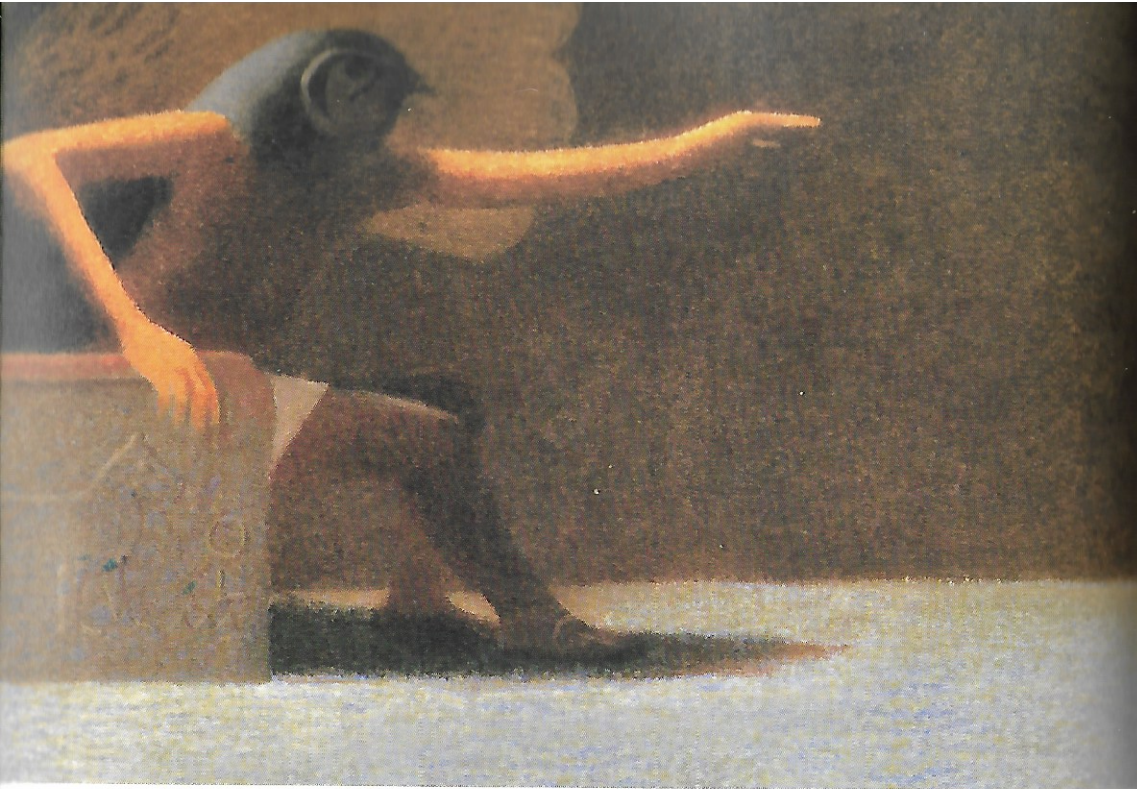
## Hijos rebeldes

Cuando Jepri se retiró a descansar, Ra quedó a cargo del mundo. Cada mañana, antes del amanecer, subía a su barca solar y empezaba a surcar el Nilo Celestial, que es idéntico al Nilo de Egipto, salvo en que cruza el Cielo en lugar de la Tierra. Cuando Ra zarpaba, camino del oeste, los rayos de luz de su poderoso ojo bañaban la Tierra dormida y despertaban de su sueño a las criaturas. Empezaba un nuevo día. A medida que la barca avanzaba, la luz se iba volviendo más brillante e intensa, hasta que nadie en la Tierra se atrevía a mirarla directamente. Al mediodía, el calor era tan insostenible que la gente buscaba una sombra bajo la que refugiarse.

La travesía de Ra duraba todo el día. En el extremo oeste del mundo, el Nilo Celestial se convertía en una gran catarata que se precipitaba con estruendo hacia un negro abismo llamado la Duat. Ra no podía relajarse, pues corría el peligro de despeñarse con su barca por el abismo. Al pie de la cascada, aguardaban las almas de quienes acababan de morir. Ra descendía de su barca en los Campos de la Paz y se pasaba la noche sentado en un trono dorado, desde el que impartía justicia y gobernaba el Cielo y la Tierra.

El dios tenía cuatro hijos: los varones Shu y Geb, y las hembras Nut y Tefnut. Un día, Geb, la Tierra, se casó con Nut, el Cielo. Las bodas entre hermanos eran comunes entre los dioses, pero, cuando Ra lo supo, montó en cólera.

—¿Cómo os atrevéis a casaros sin mi consentimiento? —rugió.



En verdad, Ra no estaba irritado porque sus hijos se hubieran casado a sus espaldas: lo que le inquietaba era la posibilidad de que tuviesen descendencia. Ra, como todos los dioses, podía prever el futuro, y había vaticinado que, algún día, un vástago de Geb y Nut le arrebataría su poder sobre el mundo. Así que fue en busca de su hija y le dijo:

—Sé que deseas tener un hijo...

Nut asintió. En verdad, nada le apetecía más que ser madre.

—Pues yo no permitiré que ese día amanezca —añadió Ra.

Nut se desesperó. Con los ojos llorosos, empezó a decir:

—¿Por qué me tratas así, padre? ¿Acaso no te he obedecido siempre? Desde el mismo día en que nací, he mantenido las manos y los pies anclados sobre la Tierra. Sin mí, no habría Cielo, aunque su-



pongo que mi sacrificio no te parece gran cosa. No quiero recompensas, pero ¿por qué me niegas un hijo, si es lo único que deseo?

—Ya he dicho todo lo que tengo que decir —dijo Ra—. No volverá a amanecer en el mundo. Así aprenderás a no ser tan ingrata.

Nut rogó y suplicó, pero Ra no se dejó convencer.

«He de hacer algo», se dijo Nut. Entonces, pensó en el dios Thot, que tiene cabeza de ibis (un ave zancuda venerada por los egipcios), es el escriba del Inframundo y portador del ojo lunar. Thot se encargaba de mover la luna y de medir el tiempo, y tenía una gran afición: le encantaba jugar a los dados. Nut pensó que podía aprovecharse de aquella afición para hacer realidad sus deseos, de modo que bajó al Inframundo y le dijo a Thot:

—¿Jugamos a los dados?



—¿Te apetece perder? —se rio Thot—. Por si no lo sabes, nadie me ha ganado jamás jugando a los dados.

—Entonces yo seré la primera en conseguirlo... —dijo Nut.

—No te hagas ilusiones.

—¿Qué me darías si te ganara?

—Pide lo que quieras. A fin de cuentas, vas a perder...

—¿Qué te parece si me entregas un poco de luz de luna cada vez que te gane?

Thot aceptó. No sabía que Nut estaba dispuesta a todo con tal de ganarle, incluso a recurrir a las trampas. Y así lo hizo ella: por medio de un ritual mágico, Nut se atrajo la buena suerte. Como Thot permanecía absorto en el juego, no se percató de que Nut estaba engañándolo y fue perdiendo, una tras otra, todas las partidas. No podía creérselo. Desconcertado, le preguntaba a Nut:

—¿Cómo puedes tener tan buena suerte? ¿Es la primera vez que me pasa algo así!

Según lo prometido, por cada partida que perdía, Thot le entregaba a Nut una porción de luz de luna. Cuando Nut tuvo en sus

manos toda la luz que necesitaba, anunció que había llegado la hora de terminar el juego.

—Te felicito —dijo Thot—. No pensaba que pudieras ganarme. Pero dime: ¿qué vas a hacer con toda esa luz?

Nut respondió sin vacilar:

—Voy a alargar el año cinco días.

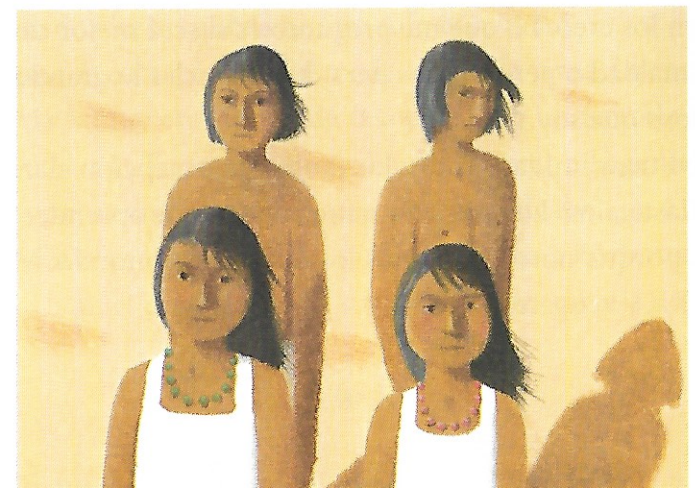
Thot se quedó perplejo. El año, en Egipto, siempre había tenido trescientos sesenta días. Parecían más que suficientes, de modo que ¿por qué añadirle otros cinco? Pero lo peor era que, debido a la luz que le había entregado a Nut, el ojo de Thot no podría iluminar las noches en aquellos cinco días. Por eso, desde entonces, la luna mengua a lo largo del mes hasta desaparecer del Cielo y luego regresa con todo su brillo en forma de luna llena.

Cuando Ra supo que Nut había alargado el año, su cólera no conoció límites. Como los cinco días añadidos no aparecían en el calendario, Ra era incapaz de controlar lo que pasaba en ellos, así que Nut aprovechó ese breve período de tiempo para tener a sus hijos.

Nut dio a luz a dos niños y a dos niñas.

A ellos, les puso el nombre de Osiris y Set.

A ellas, las llamó Isis y Neftis.



## Un lago de sangre

Ra se sentía burlado, humillado, vencido. No podía creerse que Nut hubiera desobedecido sus órdenes y hubiera cometido la osadía de tener descendencia. Su cólera era tan grande que decidió olvidarse del mundo y se marchó a vivir al Cielo.

—No volveré nunca más por la Tierra —dijo.

Y cumplió su palabra.

Cuando los egipcios vieron que Ra se había ausentado, empezaron a renegar de su antiguo dios.

—¿Qué necesidad hay de obedecerle? —se decían—. Olvidémonos de una vez por todas de Ra y busquemos a un rey que se ocupe de gobernarnos.

Ra se indignó. ¿Cómo se atrevían sus propias criaturas a conspirar contra él? Ra convocó de urgencia a todos los dioses y diosas y les anunció a gritos:

—¡Los seres humanos quieren derrocar me! ¿Acaso hay unas criaturas más ingratas en el mundo? Por lo visto, han olvidado que fui yo quien los creó. Lo que me pregunto es si será mejor castigarlos por su maldad o perdonarlos para demostrarles lo grande y misericordioso que soy...

Hubo unanimidad. Todos los dioses sin excepción clamaron:

—¡Castígalos! Los seres humanos tienen que aprender a respetarnos, porque nosotros somos los dueños del mundo. Mándales tu ojo, Ra, y véngate.



Una sonrisa de satisfacción iluminó el rostro de Ra. El castigo era, sin duda, la mejor opción. Ra deseaba vengarse y sabía cómo hacerlo. Podía convertir su ojo en lo que quisiera: en el monstruo más temible, en la bestia más feroz. Así que lo transformó en una leona salvaje, a la que llamó Sejmet, que quiere decir 'poderosa'. Sejmet tenía una mirada aterradora y unos largos colmillos, pero Ra le acarició el cuello sin temor y le dijo:

—Quiero que bajes a la Tierra para matar a los seres humanos. Asegúrate de que no queda ni uno solo con vida.

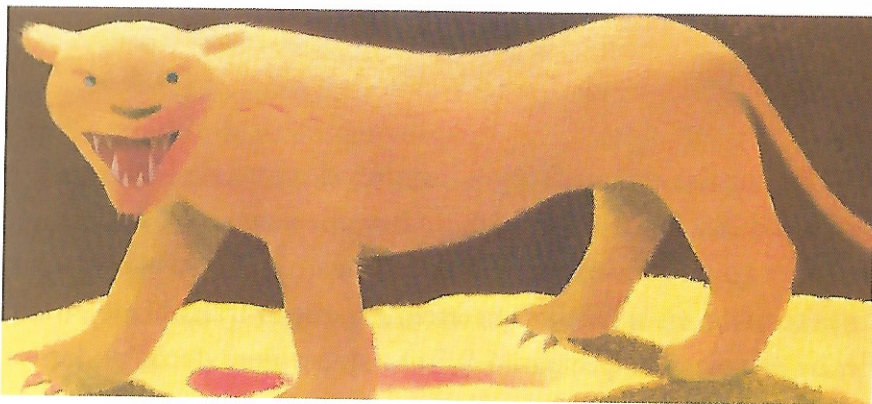
La leona se entregó entusiasmada a aquella tarea. Le encantaba matar, y la sangre era su bebida favorita. Con un terrible rugido, Sejmet saltó a la Tierra y comenzó a despedazar a la gente. Apretaba a las personas entre sus fauces y las zarandeaba una y otra vez hasta quebrarles los huesos. La sangre manaba a borbotones. Sin embargo, Sejmet no devoraba a sus presas, pues carecía de tiempo



para comer. En cuanto mataba a alguien, saltaba sobre la siguiente presa. La gente huía en desbandada, dando gritos, pero la espantosa leona tenía un olfato finísimo que detectaba a todos los fugitivos, incluso a los más hábiles para encontrar un escondrijo. Cuando empezó a anochecer, Sejmet había acabado con la mitad de la población de la Tierra. Entonces, regresó al palacio de Ra con las fauces manchadas de sangre.

—Lo has hecho muy bien, Sejmet —le dijo Ra—. A partir de ahora, los seres humanos no se atreverán a conspirar contra mí.

La leona clavó su fiera mirada en el dios.



—No he tenido tiempo de matarlos a todos —se lamentó—. Pero mañana acabaré la tarea. No pararé hasta conseguir lo que me ordenasteis: que no quede ni una sola persona viva sobre la faz de la Tierra.

—No es necesario que sigas —le advirtió Ra—. Con lo que has hecho, ya has calmado mi enfado...

Pero, cuando Ra miró a la leona, comprendió que su sed de sangre era tan insaciable que no importaba lo que él ordenase: Sejmet volvería a la Tierra para seguir matando. No obstante, los seres

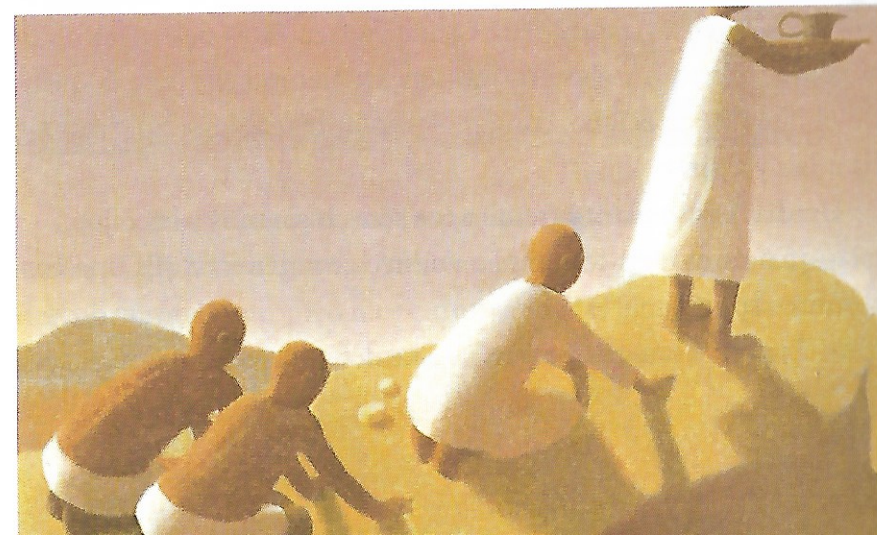
humanos ya habían sufrido mucho. Destruirlos habría sido injusto, por lo que Ra trazó un plan para engañar a Sejmet.

Cuando la leona saltó a la Tierra al amanecer del día siguiente, lo primero que vio fue un inmenso lago de color rojo. Una sonrisa de satisfacción iluminó su cara.

—¡Sangre! —rugió—. ¡Hay aquí un lago de sangre, y puedo beber toda la que quiera sin molestarme en matar a nadie!

Sejmet saltó al lago y empezó a beber. Ignoraba que, en realidad, aquel lago no era de sangre. La noche anterior, Ra había ordenado a las mujeres del templo de Heliópolis que prepararan siete mil jarras de cerveza y que les echaran unos polvos rojizos elaborados con piedra pulverizada. Luego, las mujeres vertieron la cerveza sobre la tierra hasta formar un gran lago. Por tanto, Sejmet no estaba bebiendo sangre, sino cerveza teñida de rojo. Y bebió tanta que llegó un momento en que el mundo empezó a dar vueltas a su alrededor. Sejmet estaba ebria. Entonces, olvidando sus ansias asesinas, se levantó como pudo y regresó tambaleándose al palacio de Ra. No volvió a la Tierra para seguir matando.

En cuanto a los egipcios, comprendieron que Ra les había salvado la vida y nunca más volvieron a conspirar contra su dios.



## Los dones de los dioses

En el mundo hay dos tipos de personas: las que tienen suerte y las que no la tienen. Así ha sucedido siempre, y así ocurría también en la antigüedad. Entre los hijos de Nut y Geb, hubo dos que tuvieron buena suerte y dos que hubieron de resignarse a un destino adverso. A Isis y Osiris se les encomendó el gobierno de la próspera franja de tierra que bordea el Nilo, mientras que Set y Nef-tis fueron nombrados reyes del resto, donde casi todo era desierto.

Sin embargo, Isis y Osiris no lo tuvieron fácil, pues, en aquellos tiempos remotos, los egipcios vivían como salvajes. En lugar de cultivar la tierra y criar rebaños, se proveían de alimento cazando animales en las marismas, recolectando frutos silvestres, escarbando la tierra para comerse las raíces de las plantas o asaltando colmenas para robarles la miel a las abejas. La comida escaseaba, y los enfrentamientos entre las bandas de cazadores nómadas eran comunes: lo mismo disputaban por un puñado de semillas que por el cadáver de un animal. A menudo, en estas peleas los egipcios caían heridos y algunos morían. De tiempo en tiempo, cuando el hambre arreciaba, comían carne humana, algo que asqueaba a Isis y Osiris.

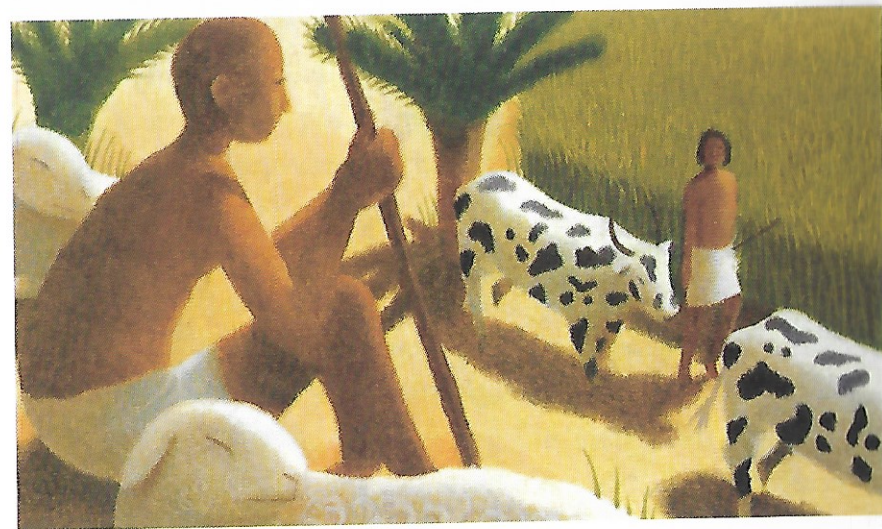
Un día, Isis se plantó frente a los seres humanos y les dijo:

—¿Cómo podéis comeros a vuestros congéneres? ¡Es una costumbre repugnante!

—Es que pasamos hambre... —se defendieron los egipcios.

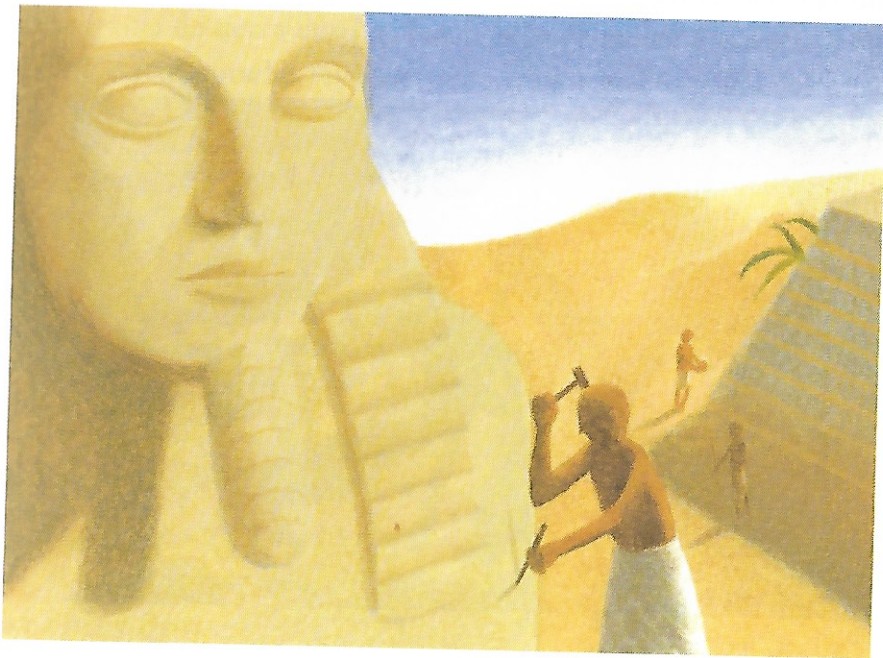
—Hay otras maneras de conseguir comida. Osiris y yo os enseñaremos a fabricar herramientas para trabajar la tierra, y ya no tendréis excusa para comeros como salvajes los unos a los otros...

Así fue. Osiris enseñó a los egipcios la manera de trabajar el cobre, con el que pudieron fabricar palas y azadones para labrar la tierra, y les descubrió el oro, que servía para confeccionar hermosos broches y brazaletes. Isis, por su parte, les enseñó a plantar semillas, a criar ganado y a fabricar colmenas para las abejas. Desde entonces, la gente dispuso en todo momento de leche, carne, trigo y miel. Ya no se vieron obligados a deambular por la Tierra ni a reñir con los demás para alimentarse. Los egipcios habían prosperado y se sentían felices. Por fin vivían en paz.



Luego, Isis y Osiris enseñaron a los egipcios a hilar y a tejer, a moler el grano y a amasar la harina para cocer pan. Además, les descubrieron las propiedades curativas de las plantas y el arte de la cantería, del que los egipcios se valieron para levantar majestuo-

En aquellos templos, crecieron grandes ciudades cuyos habitantes vestían prendas de lino y lucían exquisitas joyas de oro y piedras preciosas. A las afueras de las ciudades, prosperaban las granjas, de las que cuidaban los felices campesinos. Los egipcios se sentían orgullosos de su magnífico país y fueron conquistando territorios hasta formarse un gran imperio. Y así, bajo el reinado de Isis y de Osiris, a quien la gente llamaba El Bondadoso, el antiguo pueblo de salvajes acabó por convertirse en la mayor civilización que se haya conocido en el mundo.



## El cofre de la muerte

Mientras Isis y Osiris transformaban Egipto en una tierra de prosperidad y esplendor, su hermano Set se aburría en el desierto.

—Esto es injusto —se lamentaba—. Todo el mundo adora a Osiris... ¡Hasta lo llaman El Bondadoso! En cambio, ¿quién se acuerda de mí? ¡Nadie, absolutamente nadie!

—¿De qué te extrañas? —le replicó Neftis, su esposa—. Osiris ha convertido Egipto en una tierra hermosa y rica, donde la gente vive en paz y dispone de buena ropa y de comida en abundancia. Mientras tanto, tú te limitas a quejarte...

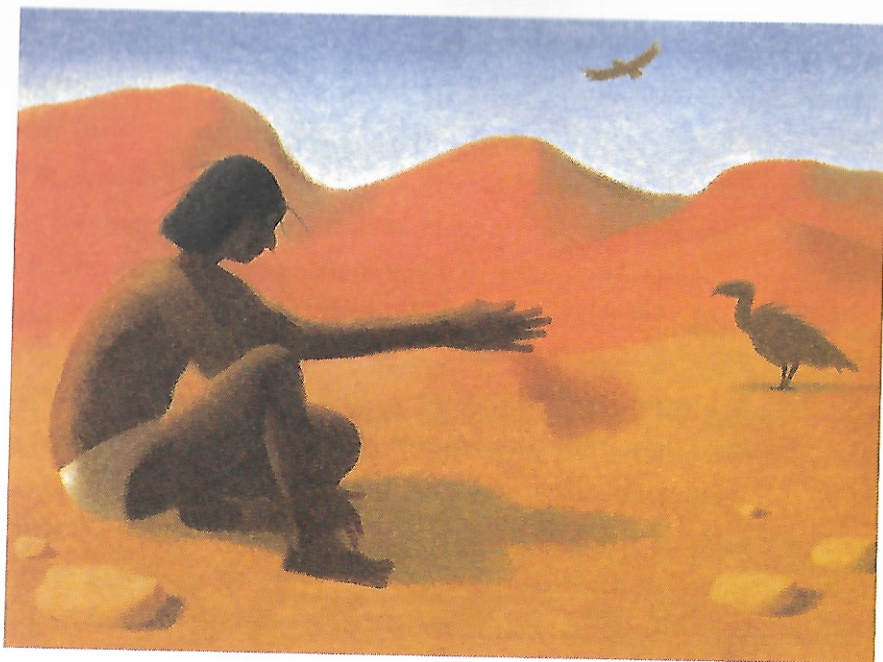
—¿Y qué otra cosa podría hacer?

—Pues, para empezar, podrías convertir este desierto en un sitio más agradable. Es un lugar seco y caluroso, y está lleno de serpientes y escorpiones. No hay ni un solo árbol, y el viento esparce la arena por todas partes. ¿Acaso no te das cuenta de que los hombres no se atreven a entrar aquí por miedo a morir de sed?

—No es culpa mía —refunfuñó Set—. Osiris se ha quedado con lo mejor de Egipto. ¡Es muy fácil convertir las tierras que rodean el Nilo en un paraíso, porque allí hay agua! Si por este desierto corriera un río, te aseguro que yo también haría maravillas...

—¡Si por este desierto corriera un río, no estaríamos en un desierto! —se burló Neftis.

Set lanzó a su esposa una mirada fulminante que puso fin a la conversación. Neftis se alejó, y Set se quedó cavilando. Su tristeza



se estaba convirtiendo en rabia. «Van a ver quién soy yo», empezó a decirse, mientras formaba montoncitos de arena con las manos. «Acabaré con Osiris y me proclamaré rey de Egipto. Los egipcios van a aprender a sufrir igual que aprendieron a vivir en paz. Se les quitarán las ganas de celebrar festines y de vestirse con túnicas bordadas».

Tras mucho darle vueltas al asunto, Set ideó un cruel engaño. Su idea le pareció tan buena que rompió a reír a carcajadas. Por supuesto, no le contó nada a su mujer. A fin de cuentas, Set y Neftis eran hermanos de Isis y Osiris, y a nadie, o a casi nadie, le gusta que sus hermanos sufran. Si Set le explicaba a su esposa lo que había tramado, Neftis saldría corriendo a avisar a Isis y a Osiris de lo que se les venía encima. Sin duda, era mejor mantener sus planes en secreto...

Apenas unos días después, Set supo que Osiris acababa de regresar de un largo viaje y estaba descansando en Menfis, la capital del antiguo imperio egipcio.

«Con lo vanidoso que es», pensó Set, «seguro que estará presumiendo de todos los lugares que ha visitado. No se espera la sorpresa que le voy a dar».

Set ordenó a sus setenta y dos desaliñados secuaces que preparasen un espléndido banquete. Mientras tanto, se dirigió a Menfis para ver a su hermano. Osiris lo recibió sentado en el trono de su palacio, en un magnífico salón pavimentado con baldosas de mármol. Set le dirigió una cariñosa sonrisa y le dijo:

—¡Cómo me alegro de verte, hermano! Todos te echábamos de menos, sobre todo Neftis y yo. Hemos preparado un banquete en tu honor para esta noche.

—¡Qué amable eres, Set! —respondió Osiris—. ¿De verdad me has preparado un festín? Iré a tu casa en cuanto anochezca.

La fiesta fue todo un éxito. Hubo música, corrió el vino y se sirvieron los manjares más deliciosos y selectos. Reclinado en un lujoso diván, Set miraba fascinado las danzas de las bailarinas y los saltos de los acróbatas. Todo el mundo se lo estaba pasando en grande. La fiesta estaba en su apogeo cuando Set les hizo una señal a sus lacayos. Entonces, los criados salieron del salón y regresaron cargados con un cofre enorme, un magnífico cofre de madera que tenía el tamaño de una persona. Estaba adornado con unas tallas primorosas y cubierto de lapislázuli y pan de oro, y tenía incrustadas decenas y decenas de gemas que despedían destellos verdes, rojos y azulados. Osiris se preguntó, esperanzado, si aquel espléndido cofre sería un regalo para él.

Set se puso en pie y dijo en tono solemne:

—A todos os gusta este cofre, ¿verdad? Pues os propongo que juguemos a un juego, y el que gane se quedará con él.

Todo el mundo aplaudió, a excepción de Osiris, que se sintió decepcionado porque el cofre no era un regalo para él.

—Vamos a jugar a un juego que se llama «Quien quepa dentro, se lo lleva puesto» —anunció Set—. Lo único que tenéis que hacer es meteros en el cofre por turnos y tumbaros en su interior como si estuvierais muertos. El que encaje mejor se lo queda.

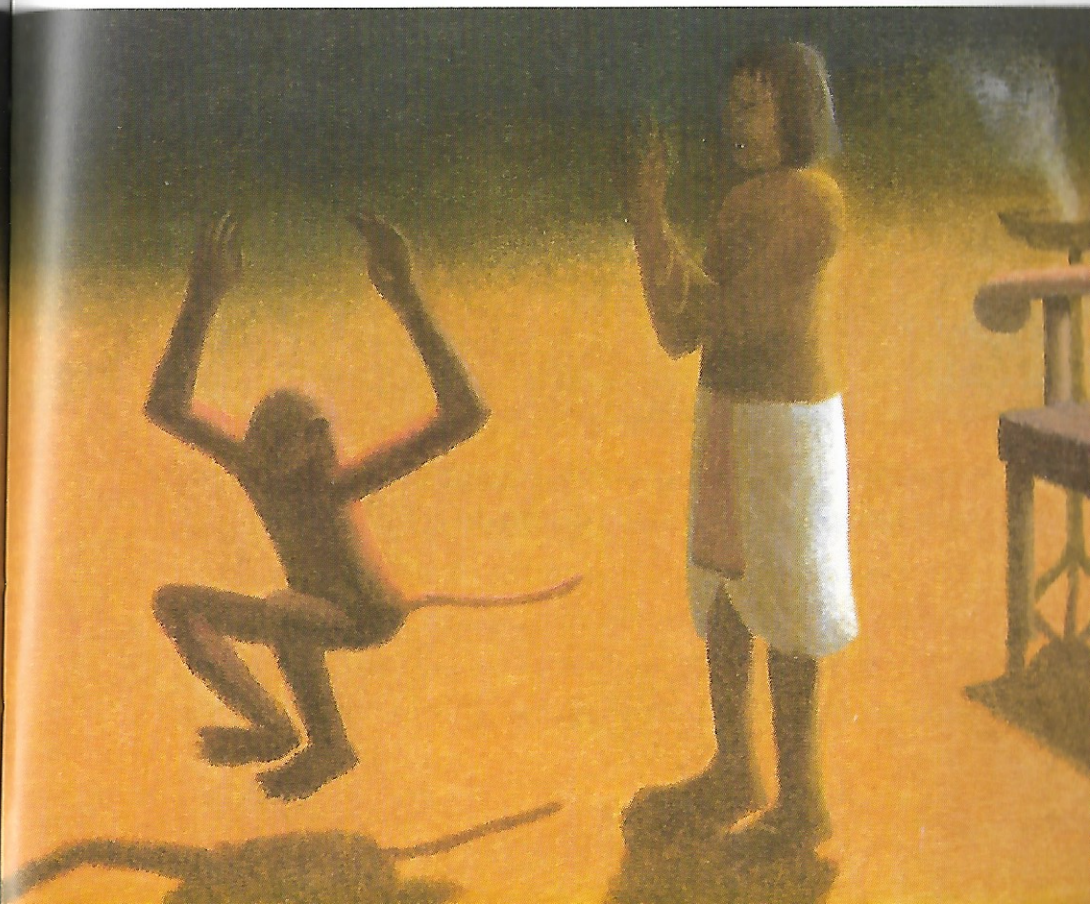
No hubo un solo invitado que no participase en el juego: fueron entrando uno a uno en el cofre, ilusionados con la idea de llevárselo a casa. Cada vez que alguien se tendía en su interior, los secuaces de Set se asomaban para comprobar cómo encajaba en él.



A todos les sobraba espacio por la parte de la cabeza o por la de los pies, de modo que salían del cofre decepcionados y entristecidos, lamentándose de no tener la talla adecuada.

Por fin llegó el turno de Osiris, que parecía emocionado. Aunque había recibido muchos regalos valiosos a lo largo de su vida, ninguno le hacía tanta ilusión como aquel magnífico cofre. Confía en tener la talla justa para poder quedárselo. «Soy bastante alto», se decía, «y no estoy gordo». Osiris entró en el cofre poco a poco y se acomodó en él con facilidad. No podía creérselo: ¡el cofre tenía justo las medidas de su cuerpo! La pared superior quedaba a un dedo de su cabeza y la inferior a un dedo de sus talones.

—¡El cofre es mío! —exclamó.



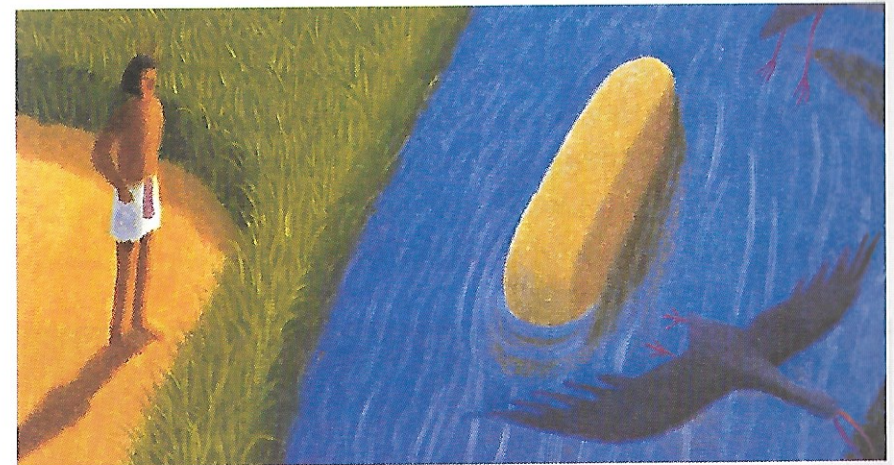


En realidad, no era casual que Osiris encajara en el cofre a la perfección. Set había averiguado las medidas exactas de su hermano y le había pedido a un carpintero que fabricase un cofre con ellas, porque estaba decidido a que aquella caja fuera la morada definitiva de su hermano. Osiris se iba a incorporar cuando cuatro de los secuaces de Set saltaron sobre la tapa del cofre y lo cerraron a cal y canto. Incluso se sentaron encima, para que Osiris no pudiera abrirlo a puñetazos. El rey pataleaba, daba alaridos, pedía socorro, pero Set ordenó a los músicos que tocasen sus instrumentos lo más fuerte posible para ahogar los gritos de su hermano. Nadie se molestó en ayudar al cautivo: al fin y al cabo, todos los invitados de la fiesta eran amigos de Set, y por ello se dedicaron a bailar despreocupadamente mientras Osiris agonizaba.

Unos minutos más tarde, dejaron de oírse los golpes y los gritos: Osiris había muerto asfixiado dentro del cofre.

## El nombre secreto

El cofre, con el cadáver de Osiris en su interior, fue arrojado al Nilo, que lo arrastró corriente abajo, lejos de Menfis. Aquel mismo día, Set se proclamó rey de Egipto, un cargo que desempeñó de forma tiránica y cruel. Nada más subir al trono, ordenó a sus setenta y dos secuaces que persiguieran y asesinaran a todos y cada uno de los antiguos aliados de Osiris.



Una ola de terror asoló Egipto. Nadie se sentía a salvo, pues todo el mundo era sospechoso a los ojos de Set. Incluso los dioses tenían miedo. Algunos se transformaron en animales y se retiraron a vivir en madrigueras para burlar a los adeptos del rey.

También Isis se había escondido. No podía creerse el vuelco que había dado su vida. Se pasaba los días llorando la muerte de

su esposo, atemorizada porque los secuaces de Set podían presentarse en cualquier momento para darle muerte. Si no lo habían hecho antes, era porque no la creían peligrosa. Sin embargo, sí lo era: Isis no representaba una amenaza por sí misma, pero estaba embarazada y el bebé que llevaba en las entrañas era el heredero legítimo del trono de Egipto. Si aquel niño nacía y se convertía en adulto, podía reclamar lo que era suyo, así que era preferible que Set no descubriera que Isis estaba embarazada.

Isis había pensado en huir, pero ¿adónde? Los hombres de Set sabían cómo llegar a todas partes. No había ningún lugar en el que uno pudiera sentirse a salvo. Una noche, Isis recibió la visita del dios Thot, el portador del ojo lunar, el que había perdido a los dados contra Nut. Por el bien de Egipto, Thot había decidido proteger al bebé del difunto Osiris. Amparado por la oscuridad, se presentó en el palacio de Isis y le dijo a la diosa:

—Majestad, el niño que lleváis en el vientre es la única esperanza de los egipcios. Huid de aquí o no podréis salvarlo.

—¿Y adónde voy a huir? —replicó Isis.



—Escondeos en el delta del Nilo: es un lugar seguro. Tiene miles de islotes, sus canales son laberínticos y la vegetación de las marismas es muy densa. ¿Quién os va a encontrar allí?

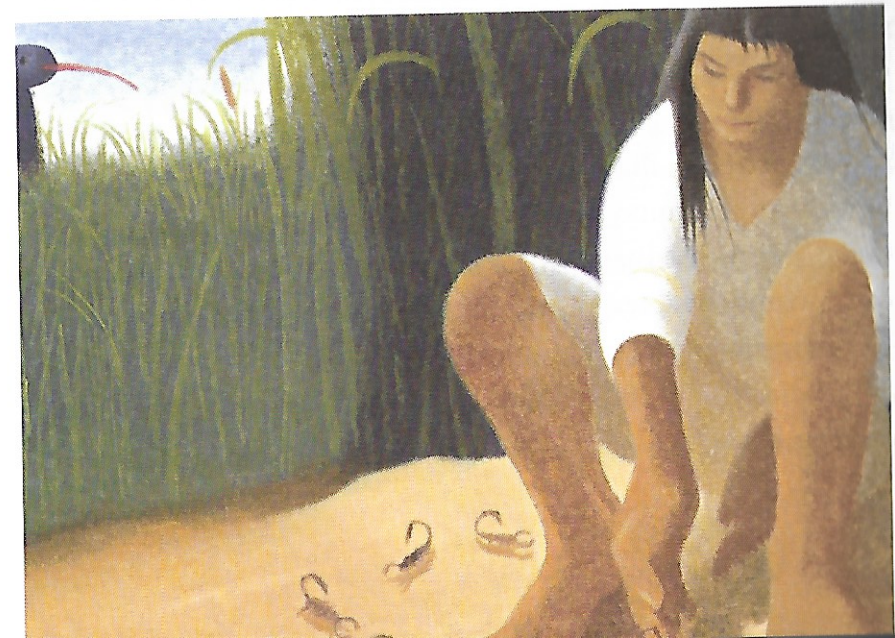
—Pero en el delta estaré completamente sola... —dijo la reina con voz temblorosa.

—¿Qué importa la soledad cuando lo que está en juego es la vida? Lo mejor que podéis hacer es esconderos en el delta. Yo os ayudaré a que no os sintáis sola ni desprotegida...

Entonces, Thot chasqueó los dedos y, al instante, siete escorpiones se acercaron correteando por el suelo.

—Llevaos a estas criaturas —dijo—. Os harán compañía, y sus mortíferos aguijones mantendrán alejados a los curiosos.

De modo que Isis abandonó su palacio y se dirigió al delta, seguida por los siete escorpiones de Thot. Cruzó la noche con el mayor cuidado posible para no despertar la atención de los secuaces de Set, y, cuando amaneció, ya se había escabullido entre las frías sombras de los cañaverales del delta. Durante el día siguiente, Isis no dejó de pensar en el porvenir de su hijo. Ahora parecía a salvo,

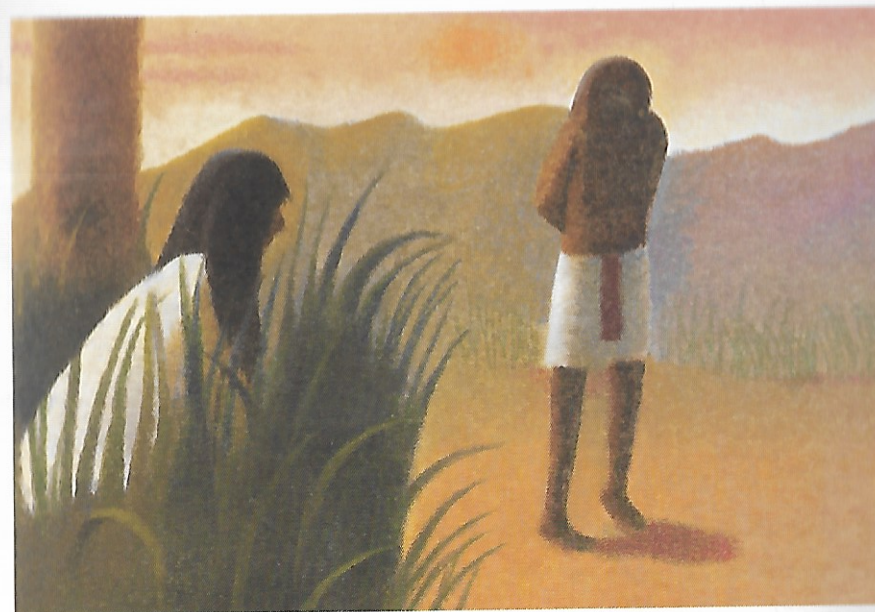


pero no lo estaba del todo. Aquel niño era la esperanza de las buenas gentes de Egipto, y Set no dejaría de perseguirlo. Para sobrevivir, su bebé debía disponer de algún tipo de don sobrenatural que le permitiera derrocar al pérfido Set, pero ¿cómo podía ella dotar al niño de esos poderes mágicos?

Fue entonces cuando Isis pensó en Ra, pues sin duda el dios sol podría proporcionárselos. Si Isis conseguía esos poderes, el niño quedaría inmunizado contra la maldad de Set. Se decía que Ra tenía un nombre secreto, y que quien llegara a descubrirlo obtendría los poderes del dios. Sin embargo, nada era tan difícil como descubrir aquel nombre secreto, ya que Ra nunca se lo había confiado a nadie ni lo pronunciaba en voz alta. Isis, sin embargo, tenía fe en su propia astucia, así que viajó hasta los Campos de la Paz, donde Ra vivía en compañía de otros dioses, para conseguir los poderes que salvarían a su hijo.

Los Campos de la Paz eran un lugar idílico. Las almas de los muertos labraban allí un suelo eternamente fértil que producía unas cosechas exuberantes. Isis llegó a los Campos de la Paz sin hacer ruido, sigilosa como un ladrón, y comenzó a espiar a Ra. Todos los días, el dios paseaba por el mismo camino, a veces hablando consigo mismo y a veces canturreando una canción. Isis pensó que, si espiaba a Ra de continuo, tal vez le oiría decir su nombre secreto. Por ello, día tras día se ocultaba tras los matorrales que bordeaban el camino y se ponía a escuchar. Ra pasaba a veces cantando, a veces meditando y a veces murmurando algunas palabras casi incomprensibles, pero nunca pronunció su nombre secreto. Isis se impacientaba cada vez más, aunque no se rindió.

Un día, durante su paseo, Ra escupió en el suelo. «Esta es mi oportunidad», se dijo Isis. En cuanto vio que el dios se alejaba por



el camino, salió cautelosamente de su escondite y se acercó al lugar donde había caído la saliva de Ra. Valiéndose de la yema del dedo, mezcló la saliva con la tierra hasta formar una pequeña masa de barro. Luego, Isis modeló el barro para imprimirle la forma alargada de una serpiente, a la que dio vida por medio de unas palabras mágicas. El reptil trató de escabullirse, pero Isis lo atrapó a tiempo, se ocultó con él tras los arbustos y se puso a esperar...

Al cabo de un rato, Ra volvió sobre sus pasos, de regreso de su paseo. Caminaba despacio, absorto en algún pensamiento, cuando de pronto notó un agudo dolor en el pie.

—¡Ay! —gritó, y empezó a dar saltos, palpándose el dedo gordo del pie derecho.

Y es que la serpiente, que Isis había soltado rápidamente al verlo pasar, le había mordido en ese dedo. Al oír los gritos de Ra, los otros dioses corrieron a ayudarlo. Ra se desplomó en el suelo, sin





fuerzas. Su piel se fue cubriendo de un sudor frío y se puso azulada. Todo su cuerpo empezó a convulsionarse. Inclínados sobre Ra, los dioses se preguntaban alarmados qué le estaba pasando. De pronto, Isis salió de entre los arbustos.

—Apartaos —dijo—. Yo sé lo que le ocurre. Le ha mordido una serpiente venenosa...

Isis se arrodilló junto a la cabeza de Ra, y los otros dioses se apartaron. Con un susurro, mirándolo a los ojos, Isis le dijo:

—Dime tu nombre secreto y yo te salvaré. Pronunciaré unas palabras mágicas que disolverán el veneno.

Ra la miró con los ojos inyectados en cólera.

—Prefiero morir antes que revelar mi nombre secreto —dijo.

—No seas tozudo. Dime tu nombre y te salvaré —insistió Isis.

—Me llamo Ra...

—¡No! Debes decirme tu nombre secreto.

—Me llamo Amón —respondió Ra, pues, en efecto, Amón era el nombre que le daban en algunos lugares de Egipto.

Isis negó con la cabeza. Ra contestó entonces que se llamaba Atum, que era otro de los nombres que recibía, pero Isis rechazó también aquella respuesta. Luego, Ra dijo que se llamaba Ptah... El tiempo pasaba, y el dios parecía cada vez más débil. Respiraba con creciente dificultad, y su cuerpo estaba perdiendo el color de la vida. Pero, aun así, no estaba dispuesto a revelar su nombre.

—No te queda mucho tiempo —susurró Isis—. Si quieres seguir viviendo, será mejor que me confieses tu nombre secreto.

Ra clavó sus ojos angustiados en los ojos de Isis. Estaba prisionero de un dilema. ¿Debía confesar su nombre o era mejor callar y morir? Isis comenzaba a impacientarse, pues Ra no se decidía. Se estaba preguntando qué más podía hacer cuando, de pronto, el dios sol dijo con un hilo de voz:

—Está bien, tú ganas. Te diré mi nombre secreto. Acércate para que nadie más pueda oírlo...

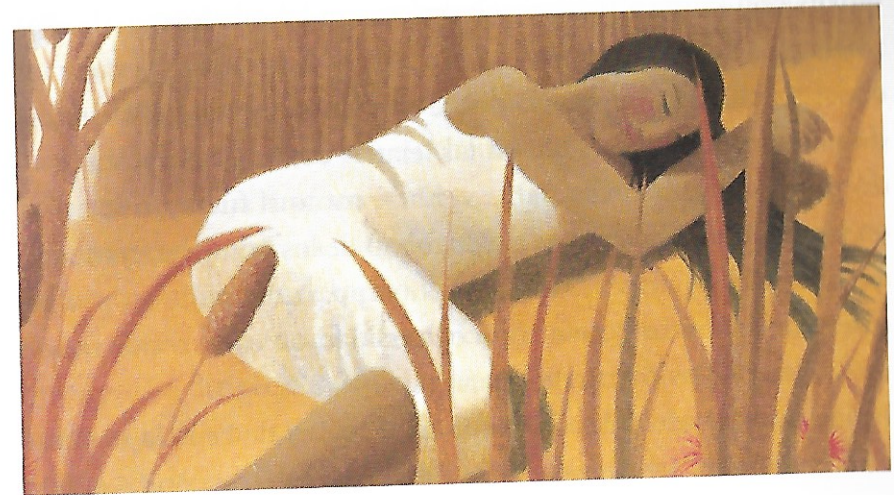
Haciendo un último esfuerzo, Ra acercó sus labios al oído de Isis y susurró su nombre secreto. Isis asintió, sonriente. Los dioses, inquietos, observaban la escena desde cierta distancia. Entonces, Isis pronunció unas palabras mágicas que tuvieron un efecto inmediato. El potente veneno que corría por la sangre de Ra se

transformó en agua, y el dios volvió a respirar con normalidad. Las convulsiones cesaron y la piel de Ra recobró su color ordinario. El dolor se esfumó, y la mirada del dios sol brilló de nuevo. Los otros dioses, movidos por la curiosidad, se acercaron. Estaban ansiosos por saber cómo se las había arreglado Isis para salvar a Ra, pero no tuvieron oportunidad de preguntárselo porque de pronto, sin dar explicaciones, Isis pronunció un conjuro y desapareció de los Campos de la Paz.

## La columna fenicia

Cuando Isis regresó al delta del Nilo, empezó a notar dolores en el vientre. Su bebé estaba a punto de nacer. Isis se tendió al abrigo de los papiros y miró al cielo, que tenía un color cobrizo. El sol, el ojo del colérico Ra, brillaba intensamente, y ella sabía que el dios la estaba buscando. Se había visto obligado a confesar su nombre secreto, y seguro que ardía en deseos de venganza. Isis seguía contemplando el sol cuando nació su hijo. Era un niño, y lo llamó Horus. Como parecía sano y fuerte, Isis se sintió intensamente feliz. Mirándolo con ternura, le dijo:

—Te espera una vida dura, tesoro mío. Pero no tengas miedo, porque tu pequeño cuerpo encierra todo el poder del nombre secreto de Ra. Estás llamado a recuperar el trono de Egipto y a ven-



gar a tu pobre padre, que tantas cosas buenas les enseñó a las gentes de este país. Cuando hayas cumplido esa misión, podrás descansar tranquilo, pero, mientras tanto, no tendremos más remedio que luchar...

Al recordar a Osiris, Isis notó que el corazón se le encogía. Habría dado cualquier cosa con tal de estar de nuevo junto a su esposo. De repente, empezó a preguntarse si sería posible volver a verlo. Pensó que si recuperaba su cuerpo, tal vez podría convencer a los dioses para que le devolvieran la vida... Isis sabía que el lujoso cofre en el que estaba encerrado su esposo había navegado Nilo abajo, así que tenía que estar en algún lugar del delta. Decidida a encontrarlo, dejó a Horus durmiendo entre los papiros, protegido por un hechizo, y se transformó en golondrina. Luego, echó a volar. Desde el cielo, Isis dominaría todo el delta y no tardaría demasiado en dar con el cofre.

Sin embargo, las cosas no fueron tan fáciles como había pensado. Durante semanas, Isis voló, cada vez más lejos, en busca del cofre. De vez en cuando, regresaba al delta para comprobar que Horus seguía sano y salvo, y luego reanudaba la búsqueda. Pero el cofre no aparecía por ningún lado. Y es que ya no estaba en el delta del Nilo. Empujado por la corriente del río, había cruzado el mar y había recalado en las lejanas costas de Fenicia. Quedó plantado en la orilla y una vez allí, como si fuera un ser vivo en vez de un objeto creado por la mano de los hombres, comenzó a echar raíces y ramas. Pasado un tiempo, nadie pudo sospechar que aquel cedro imponente era en realidad un cofre traído desde muy lejos por las corrientes marinas.

Un día, cuando paseaba por la costa, el rey de Fenicia se detuvo frente aquel árbol magnífico que desplegaba su copa a orillas



del mar. Lo miró durante un instante, fascinado por su altura, por el grosor de su tronco y por la fuerza de sus ramas. Le pareció tan hermoso que decidió llevárselo a su palacio de Biblos.

—Quiero que taléis ese árbol —les dijo el rey a sus carpinteros—. Convertidlo en una columna y ponedla en mi palacio, en un lugar de honor donde todo el mundo pueda verla.

Por entonces, Isis ya había perdido la esperanza de encontrar a su querido esposo. Pero una noche, cuando descansaba de su agotadora búsqueda, tuvo un sueño revelador: vio que el cadáver de Osiris se encontraba dentro de una columna en el palacio real de Biblos, y entonces se despertó. Isis estaba convencida de que aquel sueño no era una simple fantasía, sino una premonición, por lo que decidió dirigirse a Fenicia. Al sobrevolar el palacio del rey, el corazón le dio un vuelco. No había duda: el cuerpo de su esposo estaba allí, dentro de una de las columnas que sustentaban el edi-



ficio. Isis planeó sobre el palacio durante un rato y, justo antes de tocar el suelo, recobró su forma humana. A las puertas del palacio se encontró con unos guardias. Isis pensó en contarles su historia para que la dejaran entrar, pero comprendió que, si les decía que el cuerpo de su esposo estaba encerrado en una de aquellas columnas, los guardias se echarían a reír y la tomarían por loca.

Así que ideó una estrategia distinta: decidió dejarse ver sin llamar la atención. A lo largo de varios días, Isis permaneció en las cercanías de palacio, observando a la gente que entraba y salía. Se percató de que, cada mañana, las doncellas abandonaban el palacio para hacerle recados a la reina. Isis se plantó a la vera del camino para que las muchachas la vieran. Sabía que los seres humanos somos curiosos por naturaleza, y estaba convencida de que la curiosidad acabaría por abrirle las puertas de palacio. Las doncellas, en efecto, repararon en Isis, y comenzaron a hacerse preguntas. Saltaba a la vista que aquella mujer era extranjera, pues sus ropas, sus joyas y su maquillaje no se estilaban en Biblos. Pero ¿de

dónde vendría?, y ¿por qué estaba allí, a la vera del camino, sin hacer ni decir nada? ¿Qué esperaba aquella mujer?

Las doncellas estaban tan intrigadas que hablaban de la extranjera a todas horas. Hasta que, un buen día, la reina las oyó por casualidad y les preguntó:

—¿Quién es esa extranjera de la que tanto habláis?

Aquella misma tarde, la extranjera entró por vez primera en el palacio. Fue la propia reina quien la mandó llamar, deseosa de conocer la respuesta a las preguntas que se hacían sus doncellas. Isis se presentó ante la reina con gesto serio, pero sonriendo por dentro: estaba contenta porque su plan parecía funcionar a las mil maravillas. La reina le preguntó de dónde venía, e Isis le respondió que de Egipto. Luego, la reina se interesó por sus vestidos, su tocado y su maquillaje, y al final acabaron hablando de todo un poco. Isis se mostró tan encantadora que la reina le tomó mucho cariño, hasta el punto de que aquel mismo día la nombró niñera de su hijo, el príncipe de Fenicia, que había nacido pocos meses atrás.

Por la noche, cuando se quedó a solas con el príncipe, Isis pensó que tenía que recompensar de algún modo a la reina. «Ha sido muy generosa conmigo», se dijo, «y es de justicia agradecersele». Le pareció que lo mejor que podía hacer era concederle el don de la inmortalidad al pequeño príncipe. Isis miró al bebé, que estaba en la cuna, y pronunció un largo conjuro. Al instante, el príncipe se vio envuelto en una intensa llamarada y cercado por siete escorpiones de afilado aguijón. El niño no corría ningún peligro, sino todo lo contrario: estaba en camino de volverse inmortal. Pero sucedió que, justo entonces, la reina entró en la habitación para saber si su hijo se había dormido y, cuando vio al pequeño envuelto en llamas, comenzó a gritar como una loca:



—¡Socorro! ¡Están quemando a mi hijo!

Isis se apresuró a romper el encantamiento. Las llamas se apagaron y los siete escorpiones se alejaron a todo correr. El bebé no tenía ni un rasguño.

—No sufráis, Majestad —dijo Isis—, vuestro pequeño está a salvo. Las llamas que acabáis de ver eran parte de un hechizo con el que yo pretendía proporcionarle el don de la inmortalidad. Ahora el hechizo se ha roto y ya no puedo pronunciarlo otra vez.

—¿Quieres decir que sabes hacer magia? —susurró la reina.

Isis inclinó la cabeza para dar a entender que sí.

Cuando el rey se enteró de lo sucedido, sintió miedo. Temía que aquella extranjera tan poderosa se hubiese ofendido, así que fue a verla de inmediato y le dijo:

—Lamento que mi esposa haya desconfiado de ti. Me gustaría compensarte haciéndote un regalo. Como ves, mi reino es rico. Mira a tu alrededor y elige lo que más te guste: será tuyo.

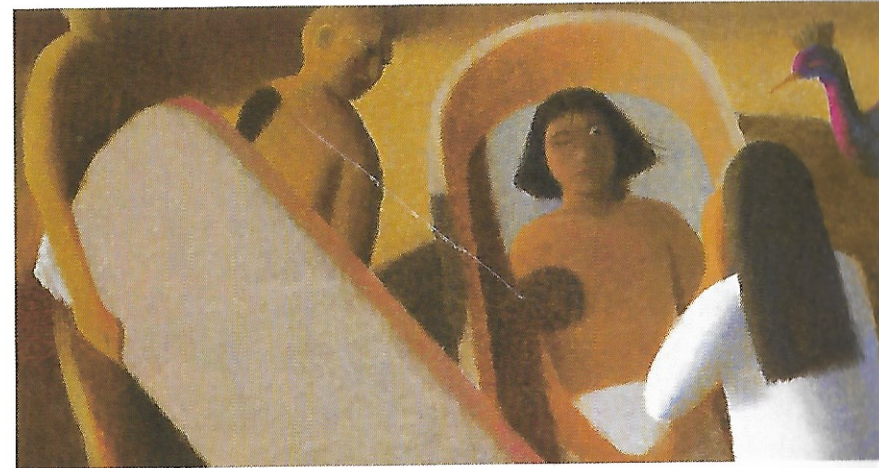
Isis no tardó ni un segundo en decidirse. Señaló la hermosa columna tallada que se levantaba en el centro del patio y dijo:

—Quiero esa columna.

Al rey no le extrañó, pues la columna era bellísima. Sin embargo, no podía sospechar las auténticas razones por las que Isis la deseaba. Solo las descubrió cuando, siguiendo las órdenes de la forastera, los carpinteros tumbaron la columna y la serraron de arriba a abajo. Del interior del tronco salió un cofre tachonado de gemas y recubierto de pan de oro. Isis mandó a los sirvientes que lo abrieran y cuando estos, no sin esfuerzo, hicieron saltar la tapa, el cuerpo de Osiris quedó a la vista de todos. Un murmullo de admiración recorrió el patio. Al borde de las lágrimas, Isis ordenó que volvieran a cerrar el cofre y lo cargaran en una barca. Había llegado el momento de volver a Egipto. La diosa se despidió de la reina, que estaba verdaderamente apenada por verla partir.

Una vez en Egipto, Isis escondió el hermoso cofre entre el denso follaje del delta del Nilo. Luego, se dirigió a toda prisa al lugar en el que había dejado a su pequeño Horus, que dormía tranquilamente. Isis le acarició una mejilla y suspiró:

—Menos mal que estás bien.



## El regreso de Osiris

Set miró fijamente al cerdo. Era la primera vez en su vida que le concedía audiencia a un animal. Su costumbre era comerse a los cerdos, no escucharlos. Pero aquel gorrino se había presentado en palacio asegurando que tenía una información muy valiosa.

—Habla de una vez —dijo Set—. ¿Qué noticias me traes? Espero que no pretendas tomarme el pelo. Si me defraudas, mandaré que te asen a fuego lento.

—¡Oh, todopoderoso Set! —chilló el cerdo—, he encontrado el cuerpo de Osiris.

—¿Que has encontrado qué?

—Está en el delta, Incomparable Señor. Me lo encontré mientras hozaba y me revolcaba en el barro.

—¿En qué lugar del delta?

—Yo..., esto... En el delta es difícil orientarse... No podría indicaros el lugar, Poderosa Majestad, a menos que sea desde allí mismo. Puedo llevaros si así lo deseáis.

—Por supuesto que lo deseo. ¿A qué esperas, puerco? Vámonos ahora mismo y te recompensaré. Te daré un título. ¿Qué tal te suena «Cerdo de entre todos los cerdos»?

—Es música para mis oídos, Suprema Divinidad.

De modo que Set agarró un hacha y se fue tras el cochino. El cerdo había dicho la verdad. En un paraje escondido del delta, atrapado entre unos carrizos, estaba el hermoso cofre cubierto de

pan de oro. Set abrió la tapa, sacó el cuerpo de Osiris y lo arrojó al suelo con una carcajada de triunfo.

—Sé que esa bruja de Isis planeaba devolverte la vida —bramó como si estuviera hablando con el muerto; luego alzó el hacha hacia el cielo resplandeciente y añadió—: Pues bien, me gustaría ver cómo te resucita después de que yo te haya hecho añicos...

Una y otra vez, el hacha se hundió en el cadáver de Osiris. Set parecía poseído por una especie de delirio mientras asestaba hachazos y más hachazos al cuerpo de su hermano. Cuando su furia cesó, el cadáver había quedado dividido en catorce pedazos. Set los recogió uno por uno y los arrojó al fondo del Nilo mientras se reía como un loco.

—¡Adiós para siempre, Osiris! —decía—. ¡Saluda a los cocodrilos de mi parte!

Poco después, Isis regresó al lugar donde había dejado a su esposo, y el grito de horror que lanzó al ver el cofre vacío resonó en todo el Nilo. Con los ojos empañados de lágrimas, Isis echó a ca-



minar sin rumbo por el laberinto embarrado del delta, escrutando cada cañaveral y cada planta de papiros. Por el camino, les fue preguntando a las pocas personas con las que se cruzó si habían visto un cadáver abandonado, y a través de las respuestas que le dieron se enteró de lo ocurrido con el cerdo y el hacha. Y aunque el dolor de la pérdida le nublabla el juicio, la determinación no la abandonó. Isis se imaginó a Set riendo a carcajadas mientras desmembraba el cuerpo de Osiris, y entonces susurró:

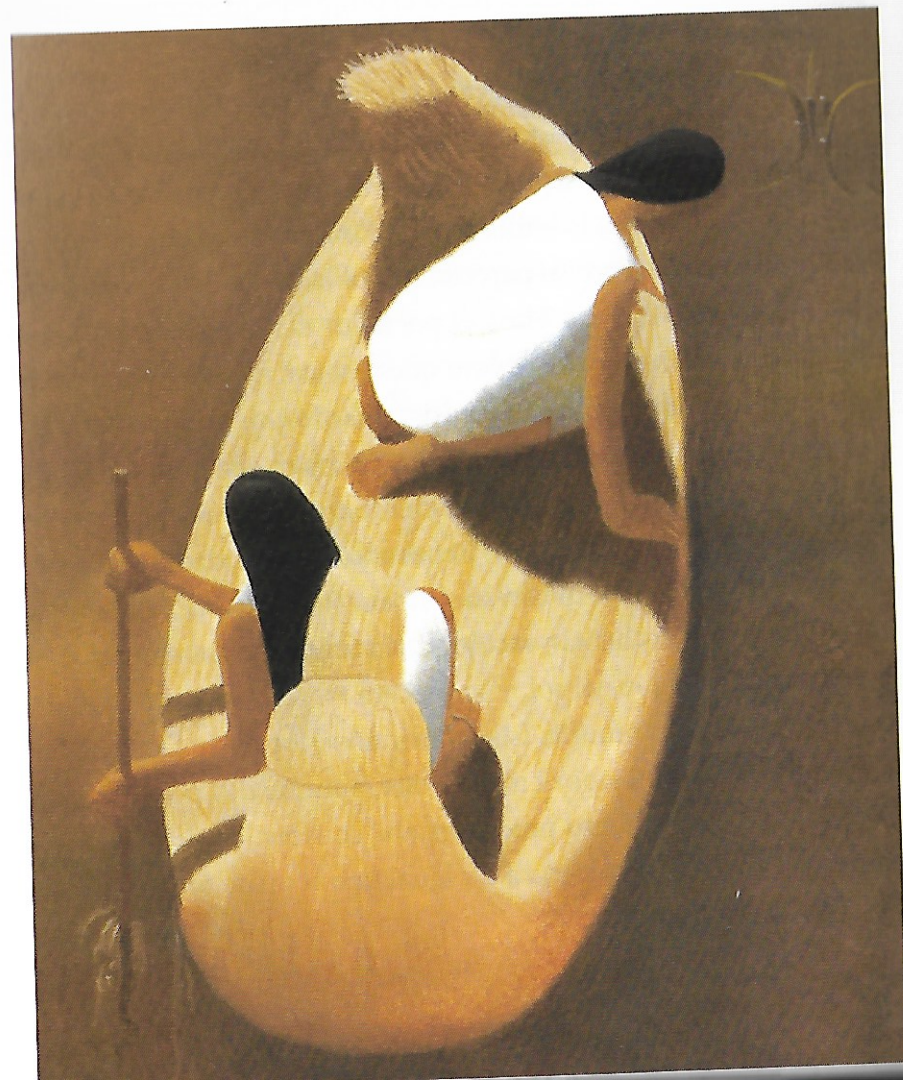
—Crees que has acabado con nosotros, ¿verdad, Set? Te sientes a salvo en tu trono de oro, pero te equivocas. ¡No te has librado de nosotros, desde luego que no! Reuniré los trozos de Osiris, y cuando los tenga en mis manos les pediré a los dioses que le devuelvan la vida a mi esposo. ¡Y lo harán, ya lo creo que lo harán, porque nada es imposible para los dioses! Y además está mi hijo. Horus todavía es un niño, pero cada día se hace más fuerte, aquí en el delta, donde ni tus ojos ni tus espías pueden encontrarlo. Pronto será un hombre, un hombre que lleva en sus entrañas el poder del nombre secreto de Ra. Y, cuando Horus crezca, dejarás de reír.

Isis se hizo con una hoz y comenzó a cortar juncos para fabricar una balsa. Pero, para su sorpresa, Neftis se presentó en el delta dispuesta a ayudarla. Y es que, a pesar de que Neftis estaba casada con Set, se sentía tan indignada con las maldades de su marido que había decidido apoyar a Isis.

—Set está loco —le dijo a su hermana—. Se ha convertido en una bestia salvaje que atormenta a la gente por pura diversión. ¡Si lo hubieras visto volver con el hacha al hombro y el cerdo trotando a sus espaldas!... «Cerdo de entre todos los cerdos»: así lo llama, como si fuera un príncipe. Incluso ha ordenado a unos esclavos

que le construyan un templo al marrano. No pienso volver junto a Set. No puedo soportar sus atrocidades ni un instante más...

Codo con codo, las dos hermanas fueron atando los carrizos para formar haces, y luego amarraron los haces para construir la balsa. Acabado el trabajo, subieron en la embarcación y se pusieron a remar sobre las oscuras aguas del Nilo. Navegaron por todos los canales del delta, incluso por los más intrincados. Mientras la balsa se deslizaba sobre el agua, las dos hermanas mantenían la vista clavada en el fondo del río, porque debían encontrar como



fuera los restos de Osiris. Aunque los canales no eran muy profundos, la búsqueda se prolongó hasta el anochecer. Finalmente, empezaron a encontrar pedazos del cuerpo de Osiris: uno, otro, un tercero... Cuando cayó la noche, ya los habían recuperado todos, a excepción de uno, que no apareció nunca. Por desgracia, se lo había comido un pez oxirrinco, una especie de carpa que habita en las aguas del Nilo. Mucho tiempo después, cuando el exilio de Isis ya había llegado a su fin, el pueblo de Egipto se enteró de la ofensa que el oxirrinco había cometido, y, desde entonces, aquel animal se consideró impuro, hasta el punto de que ningún egipcio volvió a comer este pez.

Isis y Neftis colocaron sobre el suelo los trece pedazos de Osiris que habían podido reunir y dirigieron sus plegarias al poderoso dios sol. Isis no estaba segura de que Ra fuera a escuchar sus ruegos: a fin de cuentas, le había hecho confesar su nombre secreto con una artimaña. Pero, al parecer, Ra había olvidado su enfado, ya que mandó a la Tierra a Thot, el portador del ojo lunar, y a Anubis, un dios del Inframundo, para que reconstruyeran el cuerpo de Osiris y le insuflaran nueva vida. Isis aguardó con nerviosismo. Tenía tantas ganas de abrazar de nuevo a Osiris que incluso temblaba de emoción. Así que, cuando Osiris empezó a moverse, Isis estalló de júbilo. No paraba de reírse. Rebosante de felicidad, se puso de rodillas y rodeó al esposo con sus brazos. Costaba creerlo, pero los músculos de Osiris habían recobrado la fuerza de antaño, sus ojos parpadeaban a la luz del sol, y su piel era tan cálida como antes de que lo alcanzara la muerte. Isis reflexionó sobre lo mucho que habían padecido ambos por culpa de Set, aunque dio por bien empleado tanto sufrimiento porque estaba convencida de que, desde aquel instante, todo volvería a ser igual que al principio.



Sin embargo, se equivocaba, pues, desde las alturas, Ra dijo:

—Isis, tu marido vuelve a estar vivo y has de sentirte agradecida por ello, aunque Osiris no puede permanecer a tu lado porque lo he nombrado «Señor de la tierra de los muertos». Debe dirigirse al Inframundo para gobernarlo. Será allí donde viva de ahora en adelante. No morirá jamás, pero nunca saldrá del Reino de los Muertos.

De modo que Isis y Osiris no tuvieron más remedio que separarse. Los dos sabían que se encontrarían de nuevo en el Reino de los Muertos cuando la vida de Isis tocara a su fin, y se conformaron con esa esperanza.



## La serpiente de Set

A veces, a Isis le daba por pensar que Horus nunca llegaría a ser adulto. En cualquier momento podía morderle una serpiente, picarle un escorpión o morir abrasado por uno de los incendios que cada cierto tiempo arrasaban los carrizos secos del delta. Con todo, lo que más temía Isis era que los espías de Set descubrieran dónde estaba su pequeño. Así que decidió ocultar a Horus en una gran isla flotante, rodeada por una barrera vegetal de papiros y juncos que superaban la altura de un hombre. La isla vagaba a la deriva sobre el Nilo, por lo que nunca pasaba dos días seguidos en el mismo punto. Podía ser que uno de los secuaces de Set la localizara, pero, si intentaba volver al día siguiente, ya no la encontraría, porque la isla se habría movido de lugar.

Otra de las preocupaciones de Isis era la comida. No podía permanecer a todas horas junto a su hijo porque tenía que conseguir alimentos. De vez en cuando, se disfrazaba de mendiga y pedía comida por las aldeas que había a orillas del Nilo. En su ausencia, las diosas de las aguas rodeaban la isla flotante y montaban guardia. En otras ocasiones, la diosa Hator se metamorfoseaba en vaca y alimentaba a Horus con su leche...

El tiempo fue pasando. Un día, en la ciudad, Set oyó por casualidad hablar a un viajero de un niño que llevaba una vida clandestina. Decía que había nacido en las marismas y que se había criado como un salvaje entre los cañaverales. Ahora vivía en una isla

que flotaba sobre las aguas del Nilo. Set se estremeció. Lo primero que le vino a la cabeza era que aquel niño podía ser el hijo de Isis y Osiris. Si el chico crecía y averiguaba que su padre había sido asesinado, reclamaría el trono de Egipto y buscaría venganza. Había que encontrar a aquel niño como fuera para hacerlo desaparecer. Por suerte para él, Set tenía buenos aliados. Se entendía de maravilla con las serpientes, así que hizo llamar a la más letal de todas y le dijo:

—Debes ir al delta. Busca una isla flotante en la que vive un bebé y mávalo sin contemplaciones.

La serpiente asintió. Pocos días después, mientras Isis mendigaba de aldea en aldea, el animal se deslizó sinuosamente por las aguas del Nilo y se coló en la isla flotante sin que las diosas de las



marismas se percataran de su presencia. Mientras el pequeño Horus dormía entre los carrizos, la serpiente le mordió el pie.

Cuando Isis volvió, su bebé agonizaba. La ponzoña de la serpiente se le había extendido por todo el cuerpo. Isis trató de curarlo con uno de sus conjuros, pero el veneno era tan poderoso que ni siquiera la magia de la diosa pudo contrarrestarlo. Turbada por el pánico, temblando de pies a cabeza, moviendo ansiosamente al niño en sus brazos, Isis empezó a gritar:

—¡Auxilio, auxilio, mi pequeño se muere!

Unos pescadores que faenaban por el lugar oyeron los gritos y se acercaron. Horus estaba inconsciente y los pescadores no sabían cómo reanimarlo. Uno de ellos acudió al pueblo más cercano para pedir ayuda, y una mujer muy sabia que conocía los poderes secretos de las plantas se ofreció para examinar al niño. Pero, después de hacerlo, se mostró profundamente apesadumbrada. Mirando a Isis con compasión, le dijo:

—A tu hijo le ha mordido una serpiente. Ninguna de mis pociones puede salvarlo. Rézale a Ra: esa es tu única esperanza.

Isis dirigió su mirada hacia el Cielo. Atardecía, y la barca de Ra estaba a punto de alcanzar el horizonte y de entrar en los rápidos que la empujan hacia el abismo de la Duat. Entonces empezaría la noche y Ra, refugiado en los remotos Campos de la Paz, dejaría de oír las plegarias de la gente. Isis lo sabía, así que echó la cabeza hacia atrás y gritó con todas sus fuerzas. Nunca en el mundo se había oído un alarido más desolador. Sus ecos alcanzaron el cielo y rompieron, como una ola, contra el costado de la barca de Ra. De pronto, la embarcación se detuvo en mitad de la corriente.

Era la primera vez que pasaba algo así. Ra quedó desconcertado. Si la barca dejaba de avanzar, no se haría de noche, y el tiem-



po desaparecería, y no habría en la Tierra un día de mañana. Preocupado, Ra convocó a Thot, el escriba del Inframundo, el dios que tiene cabeza de ibis.

—Averigua de dónde viene ese espantoso alarido que ha detenido mi barca —le dijo.

Thot descendió a la Tierra y, siguiendo los ecos del grito, encontró la isla flotante donde Isis, desesperada, mecía a su bebé, envuelto en un manto.

—¿Por qué has gritado así? —preguntó Thot, muy enojado—. ¿Qué te ocurre? ¿No ves que has detenido al sol y has destruido el tiempo? Tu grito ha matado el mañana.

—¿El mañana? —replicó Isis con un gesto de profundo desconcierto—. Egipto no tendrá un mañana si mi bebé muere. Set lo sabe y por eso ha mandado a una serpiente para matarlo.

Thot le pidió a Isis que le dejara al niño. Cuando lo tuvo en sus brazos, miró su carita pálida, empapada de sudor, y empezó a musitar un conjuro.

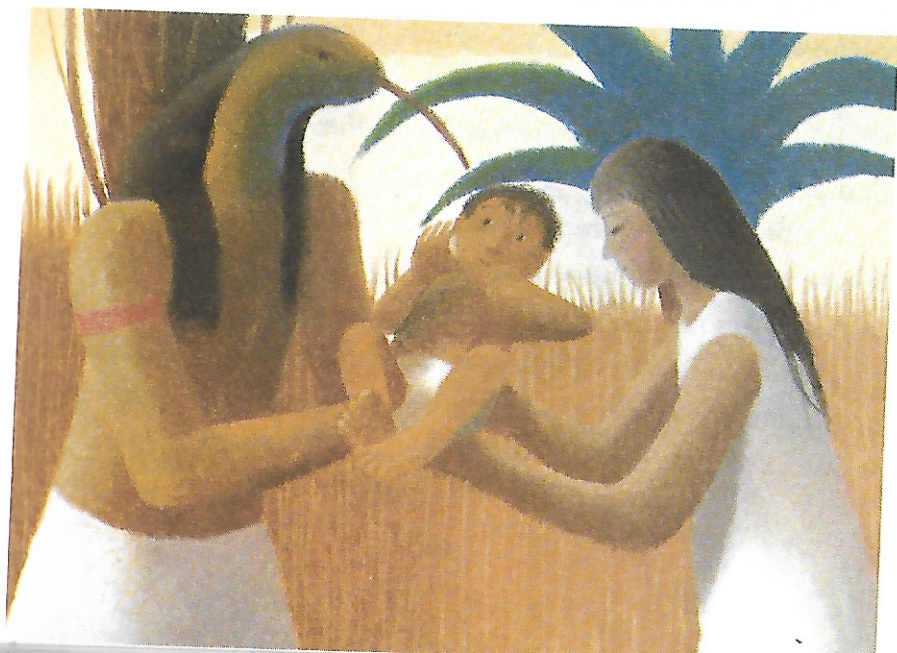
—Este niño tiene el poder del nombre secreto de Ra —dijo—. Se halla bajo la protección del Todopoderoso y nada puede hacerle daño. El veneno desaparecerá, desaparecerá, desaparecerá...

Mientras Thot pronunciaba aquellas palabras mágicas, sucedió algo extraordinario. Una culebra negra salió retorciéndose por entre los labios amoratados de Horus y, al caer al suelo, se convirtió en humo. De pronto, el niño comenzó a patallar en los brazos de Thot y a chillar enérgicamente porque tenía hambre. Se había recuperado. Thot lo depositó de nuevo en los brazos de Isis, que tenía los ojos llenos de lágrimas, pero de lágrimas de alegría.

—Ra vela por este niño —murmuró Thot—. Nada podrá hacerle daño. Ahora amamántalo, o no dejará de gritar.

Thot volvió a los cielos y, de ese modo, la barca de Ra pudo reanudar su viaje.

Anocheció, los pescadores se retiraron e Isis se quedó dormida sobre un lecho de juncos. Desde el firmamento, el dios Thot miró a la madre y al niño con su ojo lunar. En los labios de Isis se veía una sonrisa. En los de Horus, una blanca burbuja de leche.



## El ojo mágico

Los días pasaban y Horus no paraba de crecer. En la isla flotante parecía seguro, pero los secuaces de Set lo buscaban día y noche. Isis lo sabía, y había veces en que no conciliaba el sueño pensando en los peligros que corría su hijo. Era preciso que Horus comprendiera lo antes posible que su vida no iba a ser fácil, de modo que, en cuanto el niño tuvo uso de razón, le dijo:

—Set es peligroso. Asesinó a su propio hermano y no dudará en matarte a ti también. Así que no te acerques a él hasta que estés convencido de que puedes derrotarlo.

Horus suspiró.

—Pero ya soy grande y fuerte —respondió—. Seguro que puedo vencer a Set... Déjame que vaya a buscarlo. Le haré pagar ahora mismo todo el mal que nos ha hecho.

Isis negó con la cabeza.

—No te precipites, hijo mío. Tienes que ser paciente. Espera un poco más y te convertirás en rey de Egipto.

Sin embargo, Horus estaba harto de esperar. Era un muchacho alegre e inquieto, y vivir en aquella isla flotante alejada de todo, sin ninguna diversión, le parecía una tortura. No dejaba de imaginar la vida que llevaría cuando fuera rey. Soñaba con dormir en un palacio y disfrutar de los banquetes más succulentos. Y sus sueños se volvieron tan vívidos que un día no pudo esperar más y se escapó de la isla flotante.

Salió de noche, mientras su madre dormía, y atravesó resueltamente el desierto bajo la luz de la luna. Quería encontrar a su tío para desafiarlo. Cuando llegó a las puertas del palacio real, ya había amanecido. Horus anunció a los guardianes que era sobrino de Set, y estos lo dejaron pasar.

Set recibió al muchacho con gran amabilidad, sentado en su suntuoso trono. Sin embargo, Horus no se dejó engañar por las zalamerías de su tío y se dirigió a él con un tono desafiante.

—No hace falta que finjas que me tienes cariño —le dijo—. He venido a arrebatarte el trono porque me pertenece.

Set rio entre dientes y le contestó:

—¿Arrebatarme el trono? Los jóvenes sois terriblemente impetuosos... Lo queréis todo y lo queréis de inmediato. En fin, imagino que, a tu edad, yo era igual que tú. Pero ¿por qué no hablamos del asunto mientras tomamos un trago de vino?

Los sirvientes trajeron vino y comida. Eran tan solícitos que, antes de que Horus vaciara por completo su copa, ya se la estaban llenando de nuevo. Muy pronto, el joven se sintió embargado por una agradable sensación. Era como si flotara en el aire. Los párpados le pesaban tanto que se le cerraban. Horus quiso hablar, pero estaba aturdido y la lengua se le trababa, de manera que a duras penas conseguía articular dos palabras seguidas.

—La corona... —balbucía con dificultad—. La corona es mía... Quiero la corona... Tío, quiero..., lo que quiero... Quiero la corona... Es mía...

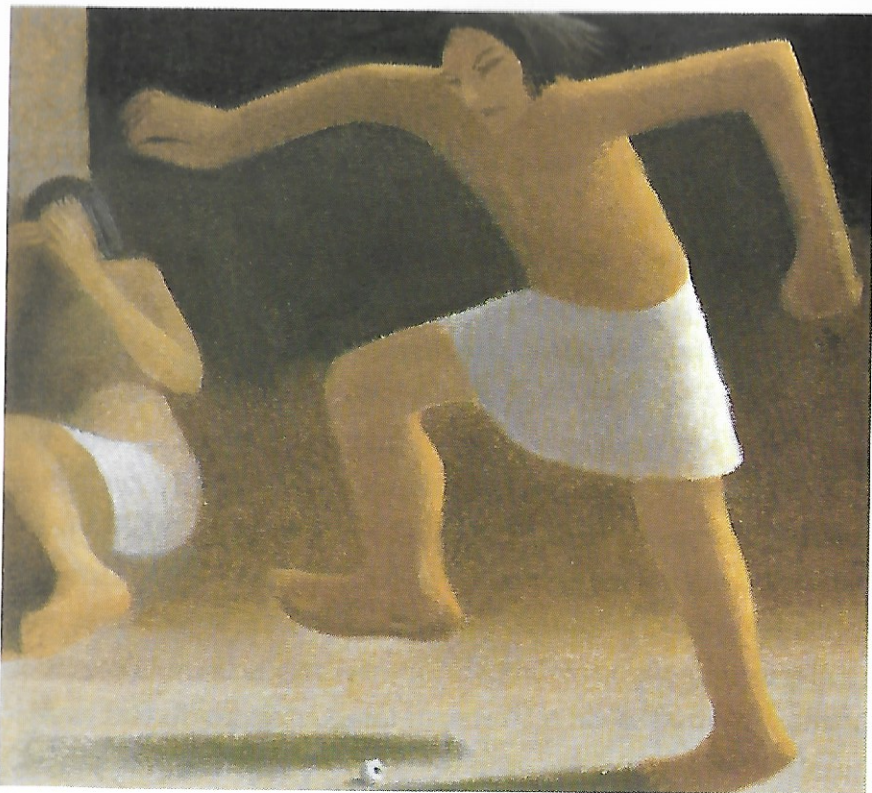
Set sonreía.

—Pobre muchacho —dijo—. Debes de estar muerto de cansancio después de haberte pasado la noche cruzando el desierto. Echa una cabezada y ya hablaremos mañana de la corona...

No parecía una mala idea. Horus estaba tan agotado que se dejó llevar a una habitación fresca y tranquila. Cayó rendido en la cama y se durmió al instante. Los vapores del vino habían borrado de su cabeza la advertencia que su madre le había hecho tantas veces: «Set es peligroso. Asesinó a su propio hermano y no dudará en matarte a ti también».

Era medianoche cuando Set entró sin hacer ruido en la habitación de su sobrino. Una sonrisa maliciosa le cruzaba la cara. Ni en sueños habría previsto la posibilidad de tener a Horus en su propia casa del todo indefenso. Siempre había creído que se vería obligado a luchar denodadamente para librarse de él, pero la vida había decidido ponerle las cosas fáciles. Lo único que tenía que hacer era asegurarse de que Horus estaba durmiendo y estrangularlo, así que entró en la habitación y se abalanzó sobre el joven.

Horus despertó de golpe. En su memoria, resonó la voz de su madre: «No dudará en matarte a ti también», «no dudará en matarte a ti también»... De pronto, comprendió lo ingenuo que había sido: se había dejado engañar por su enemigo más peligroso. Al tiempo que lanzaba un grito de rabia, empujó con todas sus fuerzas a Set para quitárselo de encima. Tío y sobrino se enzarzaron en una lucha encarnizada. Los dos cayeron al suelo y echaron a rodar envueltos en las sábanas de lino. Horus forcejeaba y pateaba, si bien su tío no le daba tregua. En cierto momento, Set salió despedido hacia el lado opuesto de la cámara, pero volvió sobre su sobrino, con los dedos de una mano formando una especie de garfio. Horus notó cómo se los hundía en la cuenca del ojo izquierdo. El dolor fue tan horrible que el joven lanzó un alarido. Aterrado, se llevó las manos a la cara para taparse la cuenca sangrante y se refugió en un rincón del cuarto.



Set no se compadeció de Horus. Al contrario: tras proferir un grito de ira, arrojó al suelo el ojo de su sobrino y lo aplastó con un pisotón brutal en el que puso toda su rabia.

No obstante, aquel acto bárbaro tuvo sus consecuencias. Horus había recibido los poderes mágicos del nombre secreto de Ra, así que el mundo entero se derrumbó cuando el joven fue maltratado. De pronto, la Tierra se sumió en una tiniebla absoluta. El dios Thot comprendió que algo terrible estaba pasando y, sin perder un instante, corrió al palacio real. Set estaba a punto de asestarle un golpe mortal a Horus cuando Thot irrumpió en la habitación.

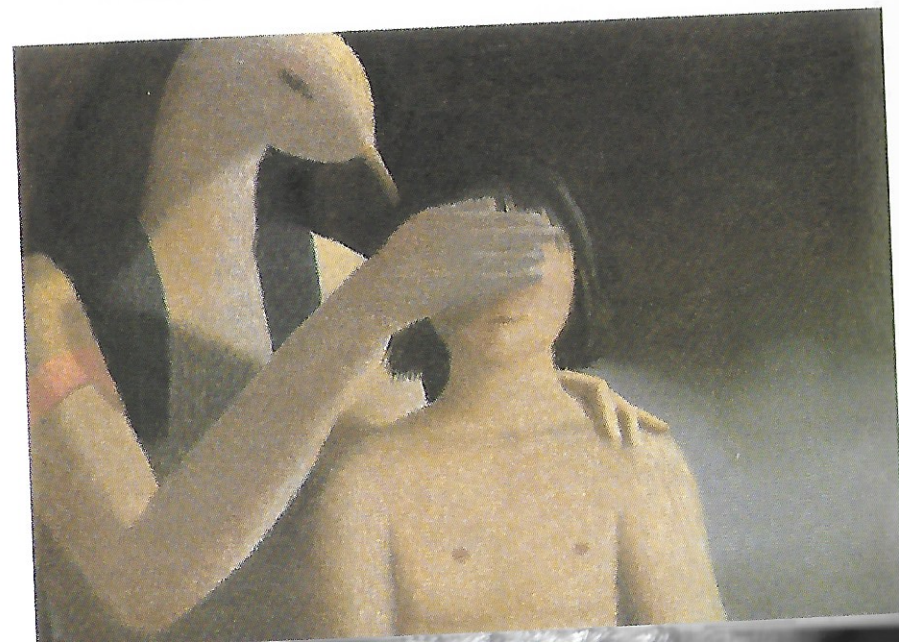
—¡Detente! —exclamó.

Set se quedó paralizado, como si la imponente mirada de Thot le hubiera robado todas las fuerzas. Thot recogió el ojo destrozado, lo recompuso y lo devolvió a la cuenca vacía de Horus. Y, al hacerlo, le proporcionó a aquel ojo unos poderes que nunca había tenido, entre ellos el don de sanar a los heridos y resucitar a los muertos. Luego, Thot les dijo a los contendientes:

—Dejad de pelear. Los dos deseáis gobernar Egipto y está claro que no llegaréis a ningún acuerdo, así que los dioses van a celebrar un juicio para decidir quién debe ser el rey de este país.

Tanto Horus como Set acataron aquellas órdenes, a sabiendas de que nadie desafiaba a Thot y vivía para contarle. Horus abandonó el palacio y regresó al delta, y Set volvió a su trono con la cabeza gacha, meditando sobre su futuro. La idea de perder su reino y volver al desierto le pareció tan odiosa que se prometió hacer lo imposible para conservar el trono.

—Será mío para siempre —dijo, y después, en voz muy baja para que Thot no lo oyera, añadió—: Mío para siempre, aunque a ti te disguste la idea, maldito Thot.



## La venganza de Horus

El joven Horus sonreía. Estaba llegando a Heliópolis, donde los dioses iban a celebrar el juicio en el que decidirían quién debía sentarse en el trono de Egipto. Nadie podía disuadir a Horus de que lo proclamarían rey. Sí, se acercaba la hora de la venganza.

El gran Geb presidía el tribunal, formado por todos los dioses y diosas del panteón egipcio. Isis fue la primera en testificar. Contó que Set se había adueñado del trono de Egipto por la fuerza tras asesinar a su propio hermano, que había desmembrado el cadáver de Osiris, y que había arrojado sus restos a las aguas del Nilo.

—Horus es el legítimo heredero del trono de Egipto —concluyó—, porque es hijo de Osiris. Set no es más que un usurpador.

—Salta a la vista que soy más fuerte que Horus —replicó Set—, y que sé mucho más que él de las cosas de la vida. Decidme: ¿qué es lo que le conviene a Egipto, un rey fuerte y experimentado como yo o un simplón como Horus? Dejadme pelear con ese muchacho y así os demostraré quién merece este reino.

—No hace falta ninguna pelea —respondió Thot—. La corona le pertenece a Horus por derecho.

Shu, el dios del viento, estaba de acuerdo con Thot, aunque otros dioses dudaban. Tal vez Horus tenía derecho al trono, si bien Set era un rey fuerte que había demostrado su valía. Alguien propuso que ambos se repartieran el reino, que Set gobernara el sur de Egipto y Horus reinara en el norte, pero Isis se opuso.

—El reino de mi esposo nunca estuvo dividido en dos mitades —dijo—. ¡Horus debe reinar sobre un Egipto unificado!

Al oír aquello, Set perdió los estribos.

—¡Este juicio no es justo! —exclamó—. ¿Es que no veis que estoy en desventaja? Horus cuenta con Isis para que hable en su nombre, y en cambio yo no tengo a nadie que me apoye.

Los dioses deliberaron brevemente sobre el asunto y concluyeron que Set tenía razón: dictaminaron que Isis no podría acudir a la sesión del juicio que se celebraría al día siguiente.

La segunda sesión se celebró en una isla situada en medio del Nilo. El barquero que llevaba a los asistentes al juicio había sido advertido de que no debía embarcar a Isis, pero ella, valiéndose de sus poderes, se transformó en una viejecita renqueante cubierta de harapos. Del brazo le colgaba una cestita de mimbre.

—Señor barquero —dijo con la voz rota de una anciana—, ¿sería tan amable de llevarme hasta esa isla? Mi nieto está cuidando del ganado y debo darle esta cesta de comida.

—Eso es imposible —respondió el barquero con un tono inflexible—. Hoy no puedo permitir que suba ninguna desconocida a mi barca porque podría ser Isis camuflada bajo un disfraz.

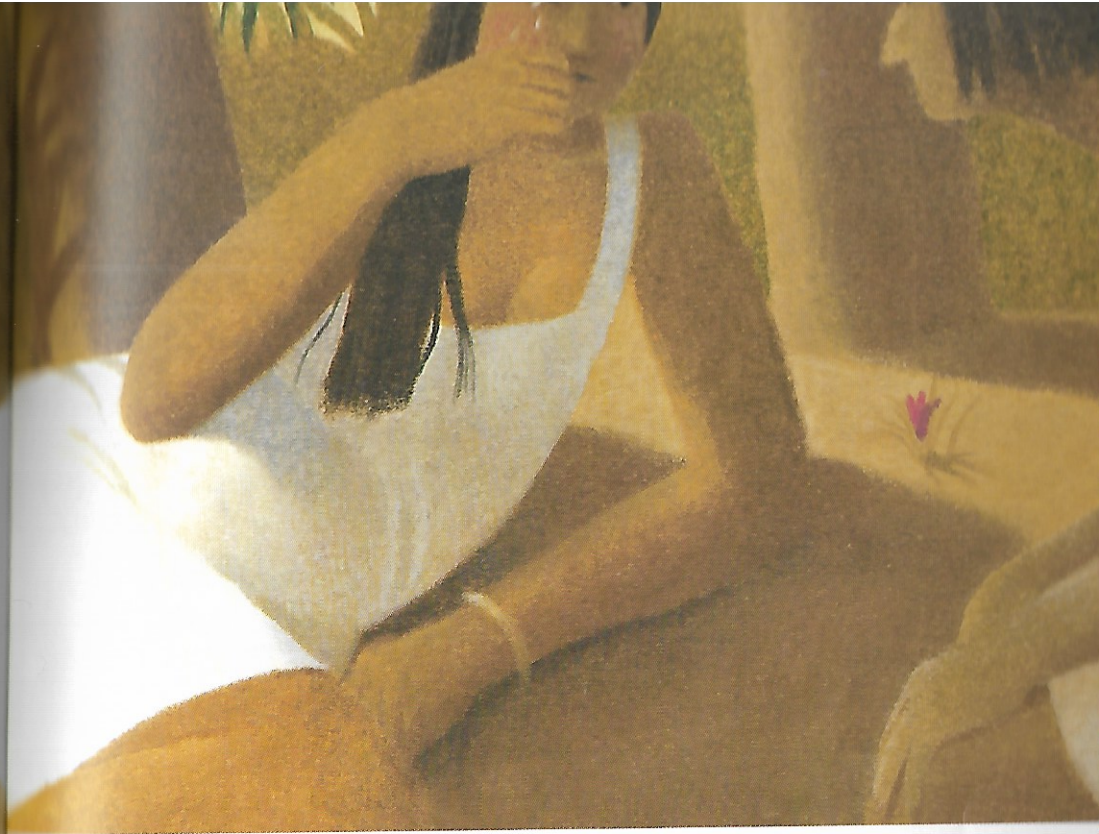
—¿Acaso tengo yo pinta de diosa? —graznó la vieja riéndose entre dientes—. Lléveme a la isla para que pueda ver a mi nieto, y le daré un pedazo de pastel recién horneado.

—¿Te burlas de mí? ¿Crees que voy a arriesgarme a sufrir la cólera de los dioses por un trozo de pastel?

Isis miró al barquero durante un instante, hurgó entre sus harapos y le mostró un deslumbrante anillo de oro.

—¿Y si le doy este anillo? —preguntó.

Los ojos del barquero centellearon de pura codicia.



—Bueno —dijo, tragando saliva—, imagino que Isis nunca se disfrazaría de una vieja harapienta como tú. Sube, te llevo a la isla.

La diosa le entregó la joya y subió a la barca. Al cabo de un rato, Isis había llegado a su destino. En cuanto perdió al barquero de vista, se transformó en una hermosa doncella, y se sentó a la vera de unos juncos. Al poco, apareció Set e Isis rompió a llorar. El rey quedó impresionado por la hermosura de aquella muchacha de cuello largo, rasgos delicados y ojos negros.

—¿Por qué lloras así, muchacha? —le dijo—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—No creo que nadie pueda ayudarme. Mi problema es demasiado grave...

Set extendió la mano y acarició la mejilla de la muchacha, pero no lo hizo movido por la compasión, sino por el deseo. La joven era tan hermosa que no podía dejar de mirarla.

—Soy viuda desde hace poco tiempo —gimoteó ella—. Al morir, mi marido me dejó un hijo muy trabajador y algo de ganado. Habríamos salido adelante, pero un hombre sin corazón se cruzó en nuestro camino y nos destrozó la vida.

—El mundo está lleno de gente ruin... —se lamentó Set.

—Aquel hombre nos echó de nuestra casa y amenazó con hacernos daño. Se ha quedado con todo cuanto poseíamos y ahora estamos en la miseria. Por favor —imploró la joven—, usted parece un hombre importante y me pregunto si no podría...

—¡Por supuesto! —exclamó Set poniéndose en pie de un salto—. Llévame a ver a ese sinvergüenza. Le voy a enseñar cómo se trata a la gente. Lo moleré a palos y lo correré a patadas por todo Egipto. ¿Cómo se atreve a dejar en la miseria a una viuda y a un pobre huérfano?

De repente, la voz dulce de la joven se volvió airada:

—Dímelo tú, Set, porque tú lo sabes mejor que nadie...

Antes de que Set pudiera comprender lo que estaba pasando, la muchacha se convirtió en golondrina, alzó el vuelo y, tras posarse en la rama de un árbol, gritó:

—¡Tú eres el villano que nos ha dejado en la miseria, y el que ha despojado a Horus de su legítima herencia! ¡Tú eres el miserable que merece que lo corran a patadas!

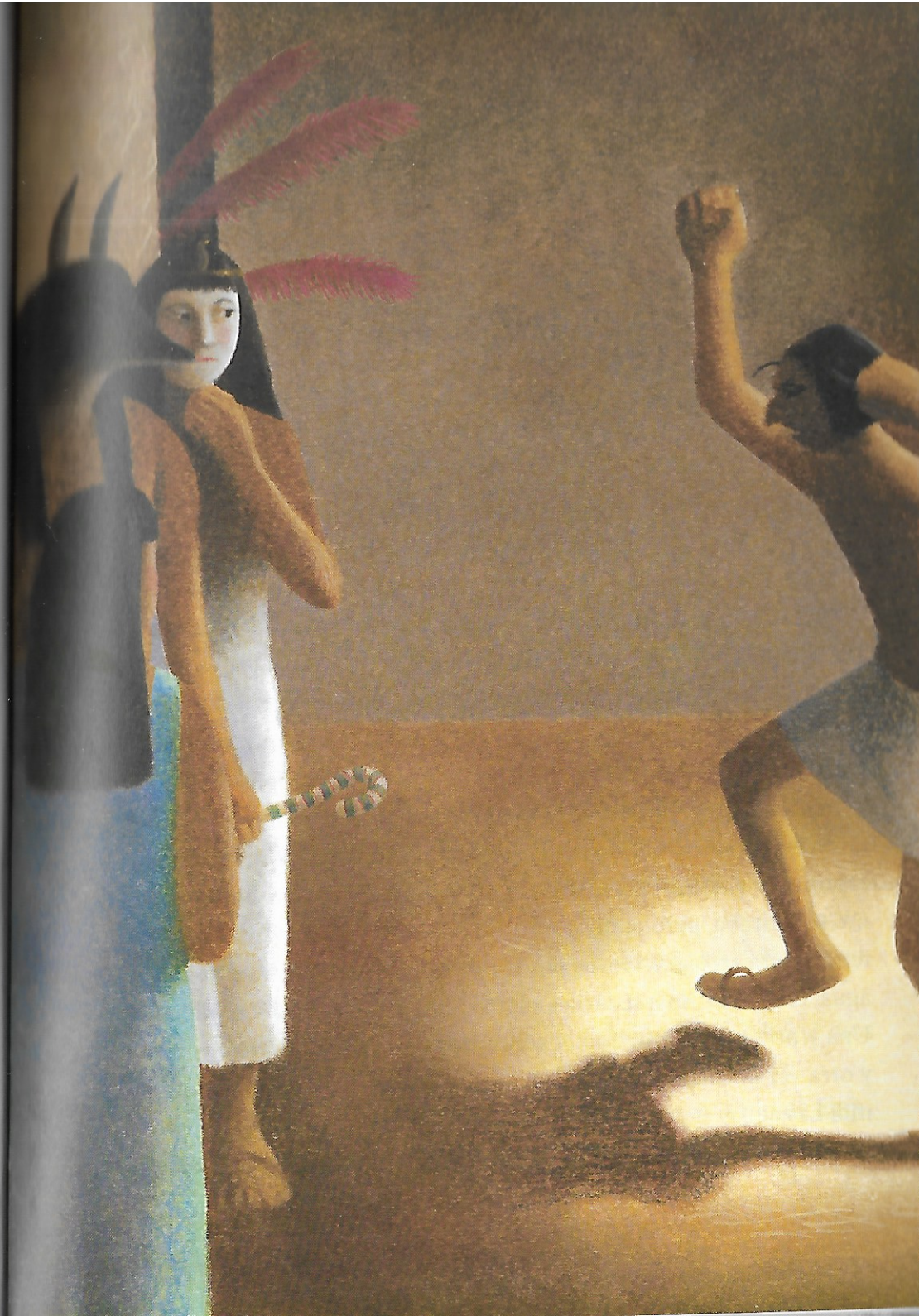
Cuando los dioses se enteraron de lo que sucedía, fueron a ver al pájaro, y estallaron en carcajadas al comprobar la cara de bobo que se le había quedado a Set. El rey los fulminó con la mirada.

—¡Isis no tendría que estar aquí! —protestó.

—No te preocupes, Set —replicó Tefnut, la diosa de la Humedad—. El pájaro ya se ha ido: Isis no te molestará más.

La maniobra de Isis surtió el efecto deseado. De pronto, todos los dioses comprendieron lo pérfido que había sido Set. No solo había asesinado a Osiris, sino que se había aprovechado de la debilidad de Isis para apoderarse de un trono que no le pertenecía. Set se percató de que el tribunal se estaba posicionando en su contra, y se estremeció de rabia.

—¡Si le dais la corona a Horus —gritó—, se la arrancaré de la cabeza y después lo arrojaré a él al río como hice con su padre! ¿Por qué no dejáis que ese muchacho luche conmigo? ¡Resolveremos las cosas como se ha hecho siempre, por la vía de la fuerza!







Los dioses se resistían, pero Horus, cansado de que se cuestionara su valía, dio un paso adelante.

—Está bien —dijo con voz decidida—. Lucharemos.

Los dos adversarios bajaron al río. Set se transformó en un gran hipopótamo y se zambulló en el agua. Horus, por su parte, subió a una barca para hacer frente a la bestia. Cada vez que el hipopótamo emergía con el propósito de volcar la embarcación, Horus le arponeaba el lomo con una lanza de cobre. Entonces el hipopótamo se retiraba, pero al poco rato volvía a embestir la barca. Su intención era arrojar a Horus por la borda, pues, en cuanto cayese al agua, el muchacho quedaría a merced de sus mortíferos colmillos. Una y otra vez arremetió Set contra los flancos de la barca, y una y otra vez la lanza de Horus hizo blanco en el lomo del hipopótamo. Las aguas espumeaban mientras Set luchaba por liberarse de la afilada lengüeta de cobre. Pese a las dificultades que estaba ex-

perimentando Set, Horus pensó que el hipopótamo parecía imbatible, pues no dejaba de arremeter contra el bote. Al final, el muchacho comprendió que solo había una manera de detener a su rival: responderle con sus mismas armas. De modo que se transformó en hipopótamo y saltó al río.

El agua se tiñó de rojo cuando las dos bestias empezaron a luchar. Cada uno de los hipopótamos embestía y mordía a su oponente con sus temibles colmillos, y ninguno de los dos parecía dispuesto a rendirse. Cuanto más malheridos se sentían, con más ímpetu atacaban. Como hipopótamos, sus fuerzas eran casi idénticas, así que Set y Horus decidieron cambiar de forma. Lucharon convertidos en toros, y luego en leones e incluso en cocodrilos. Los huesos se quebraban, la piel se rompía, la carne se desgarraba, pero ninguno de los dos rivales se daba por vencido.

Ocho años duró la lucha, y en ocho años ninguno de los adversarios desfalleció. Los dioses, sin embargo, empezaban a cansarse. ¿Es que aquella batalla encarnizada no iba a tener fin? ¿Acaso iba a prolongarse para toda la eternidad?

Al fin, fue Ra quien acabó con la disputa. Era necesario encontrar una solución, y el dios sol la encontró. Abandonó los Campos de la Paz, se presentó ante los dos contendientes y dijo:

—Escúchame, Set: Osiris era un hombre inocente y tú lo asesinaste. Por lo tanto, Horus tiene razón. Deja que él reine en Egipto.

—¿Y qué destino me espera a mí? —protestó Set—. No pienso volver al desierto...

—Tú vendrás conmigo al Cielo y vivirás allí. Te nombraré dios de las tormentas, y así la gente te temerá.

Set se quedó pensativo. No deseaba renunciar al trono de Egipto, pero comprendió que, si Ra le negaba su favor, no tardaría en

perder su reino por un motivo u otro. Además, lo de convertirse en el dios de las tormentas le parecía una buena oportunidad. Las tormentas asustan a la gente, y a Set le encantaba inspirar miedo. Así que, aquel mismo día, Horus fue coronado nuevo rey de Egipto. Su madre le sirvió de consejera y le ayudó a ejercer el poder con sabiduría y justicia, como lo había hecho Osiris. La paz y la prosperidad regresaron a Egipto, y la gente volvió a mirar el futuro con esperanza.

Desde el Cielo, Set observaba a los egipcios, y a veces se lamentaba de haber abandonado su reino. Sus potentes gruñidos, cargados de rabia, son los truenos que oímos en los días de tormenta.

